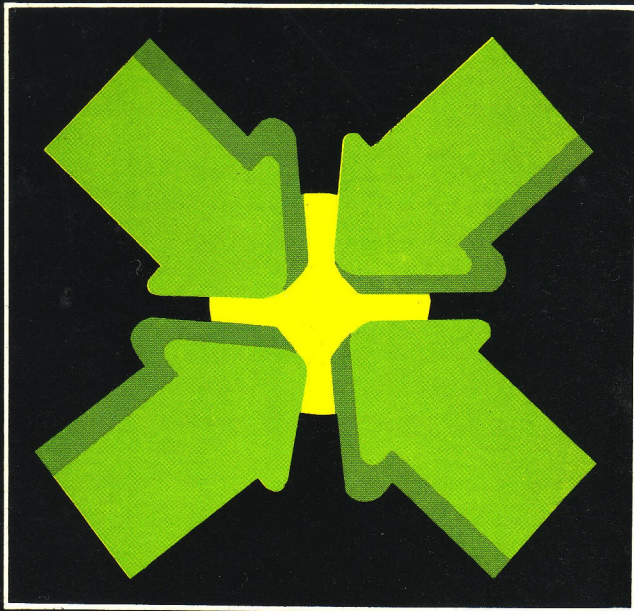


LA CUESTION NACIONAL



NACION-PUEBLO
LUCHA DE CLASES
LIBERACION NACIONAL
ANTIMPERIALISMO
SIONISMO-SOCIALISMO

DON BER BOROJOV-MEIR IAARI
DANIEL BEN NAJUM



© de la presente edición:
Ediciones Vascas
Serrano Anguita, 4
San Sebastián

Portada Angel & Finko

Depósito Legal: BI-63 - 1979
I. S. B. N. 84-85288-36-X
Imprenta Industrial S. A. Bilbao
Alda. Mazarredo, 57-61
Editorial Legasa

LA CUESTION NACIONAL

**NACION - PUEBLO
LUCHA DE CLASES
LIBERACION NACIONAL
ANTIMPERIALISMO
SIONISMO - SOCIALISMO**

**DON BER BOROJOV - MEIR IAARI
DANIEL BEN NAJUM**

ediciones vascas



argitaletxea

Dov Ber Borojov (1881-1917). Pese a su corta existencia, fructífero investigador en el campo judío y socialista. Considerado como el creador de la síntesis entre el sionismo y el socialismo, concepción conocida hoy con el nombre de «borojo-vismo».

Dedicó su pluma también al estudio de la literatura judía y la investigación del idioma idisch.

Sus principales obras son: «Nuestra Plataforma», «El carácter de la razón judía», «El problema de Sion y el territorio» y «La lucha de clases y la cuestión nacional», que es la presente publicación.

Meir Iaari (1897). Oriundo de Galitzia (antiguo Imperio Austro-Húngaro). De los fundadores del Movimiento «Hashomer Hatzair», al cual acompaña en todo su camino. Miembro del Kibutz «Majovia», considerado como el ideólogo máximo de tal movimiento.

El aporte fundamental de Iaari consiste en haber completado y enriquecido el análisis borojovista adaptándolo a las necesidades del proceso de concentración nacional del pueblo judío en su territorio nacional. El papel que debe desarrollar la vanguardia pionera —jalutziana— imbuida de una ideología sionista-socialista, es la conclusión lógica del desarrollo posterior de las tesis borojovistas, a las cuales arriba Iaari.

En la actualidad, Secretario General del Partido Mapam, en Israel.

Daniel Ben Najum, miembro del Kibutz «Beit Zera» del Hashomer Hatzair. Poeta, crítico histórico y literario y por sobre todo investigador profundo de la obra de Borojov. Realiza a través de los elementos teóricos aportados por Borojov un profundo estudio de las diásporas judías actuales.

LOS INTERESES DE CLASE Y LA CUESTION NACIONAL

Dov Ber Borojov

LA BILATERAL DISTRIBUCION DE LA HUMANIDAD

En el famoso prólogo a su libro «Para la Crítica de la Economía Política», dice Marx: En la producción entre los hombres se elaboran ciertas relaciones. Estas relaciones son necesarias para la producción y no dependen de la voluntad humana. Estas relaciones, las relaciones de producción, se adaptan generalmente al grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción.

Para vivir, los hombres deben producir. Para producir, en cierta medida deben reunir sus fuerzas. Por su existencia el hombre no lucha solo contra la naturaleza. La historia no conoce al hombre que viva fuera de toda sociedad. Cada uno, en la producción, tiene algo que ver con algún otro y, de esa manera, el segundo depende del primero y del tercero, y así sucesivamente. Mas cuando se tiene algo que ver con alguna cierta persona, significa que se tiene cierta relación con respecto a él. Cuando los hombres deben vivir y viven socialmente, gregariamente, significa que entre ellos se elaboran ciertas relaciones. Estas relaciones advienen debido a la producción. Marx, asimismo, las llama RELACIONES DE PRODUCCION.

Las relaciones de producción de una determinada sociedad —por ejemplo China, Francia— o, para decirlo más exactamente, la comunidad de las relaciones de producción de una cierta sociedad, constituyen en efecto la estructura económica

de la sociedad. La estructura económica es la base sobre la que se desenvuelve todo el «orden social», el orden de una sociedad dada.

Pero cuando decimos *cada* sociedad, eso ya implica la existencia de *varias* sociedades. Y estas sociedades, naturalmente *difieren* en algo unas de las otras. De lo contrario, no hablaríamos de una burguesía inglesa y de una burguesía alemana, de un proletariado norteamericano y de un proletariado ruso, que algo siempre tienen que ver el uno con el otro. (Una con tarifas impositivas, la otra con leyes contra inmigrantes). Hablaríamos en ese caso, de la humanidad, o, por lo menos, de la humanidad civilizada, y nada más. Pero tanto alemanes como franceses, los rusos o los ingleses son parte de la humanidad y, si se quiere, parte de la sociedad civilizada. Difieren unos de los otros. Arribamos, por lo tanto, a una nueva conclusión:

LA HUMANIDAD ESTA DIVIDIDA EN SOCIEDADES

Esto es, sin duda, una cosa conocida. Sólo un loco podría negarlo. La cuestión, empero, es cómo explicar la *causa* que engendra esa división de la humanidad. Es cierto que hay muchas explicaciones: algunas hablan de «ideas nacionales», de una «esencia verdaderamente rusa», de un «espíritu realmente alemán», de «judaísmo», etc. Pero el problema esencial es: ¿Cómo explicarlo en lenguaje materialista, sin ninguna desviación antimaterialista (como suele ocurrir en ciertos «marxistas») y buscando las causas fundamentales de toda manifestación social en la vida económico-material?

De dónde proviene la división en clases ya lo sabemos. Sabemos que no todos los miembros de la sociedad están en una y la misma situación con respecto a las relaciones de producción. Diversas partes o grupos de la sociedad tienen distintas participaciones en el modo de producción, por ejemplo en las formas feudal o capitalista. Diversos grupos tienen re-

laciones diversas con respecto a los medios de producción. Unos pueden ser los empresarios; los otros trabajadores; los terceros, campesinos, etc. Los grupos que difieren de esta manera, constituyen las *diversas clases*.

Toda sociedad está dividida en clases

Pero de dónde proviene la diversidad de *sociedades* que, al fin y al cabo, es la causa principal de toda la cuestión nacional, de los conflictos nacionales, de la opresión nacional, de la liberación nacional (principal objetivo para el proletariado de una nación oprimida). ¿En qué terreno se manifiesta la diversidad y cuál es la consecuencia de una teoría correctamente planteada?

CONDICIONES DE PRODUCCION

A esto contestamos: existen las *condiciones de producción*. Hemos dicho que, para vivir, los hombres deben producir. Para producir, elaborar entre sí determinadas relaciones de producción. Pero la producción tiene lugar en ciertas condiciones, que son diferentes en distintos lugares.

Citando a Marx, ya hemos dicho que el carácter de las relaciones de producción no depende de la voluntad humana, ni del ingenio del hombre, ni del azar. El carácter de las relaciones de producción depende del estado de las fuerzas productivas; y su desarrollo depende en primer término de las condiciones naturales en que el hombre tiene que luchar por su existencia.

El estado de las fuerzas de producción depende, antes que nada, del medio geográfico; y los medios geográficos son, como se sabe, profundamente variados.

Esto ocurre con las fuerzas de producción. La producción en general y el desarrollo de la producción tienen siempre lugar en ciertas condiciones naturales e históricas *diversas*, lo

cual hace que las estructuras económicas sean diferentes en distintos grupos.

Las condiciones de producción son muy diversificadas: en primer lugar están las condiciones físico-climáticas, geográficas; en segundo lugar, las condiciones antropológicas de la raza; en el tercero, las condiciones históricas, internas, que se forjan en el seno de un cierto grupo humano, y externas, o sea condiciones que se manifiestan en las relaciones sociales con sus vecinos. Estos últimos tipos de condiciones de producción fueron creados en el proceso de producción, pero tienen una indudable influencia independiente.

Todas estas condiciones las reconoce Engels en su segunda carta de «El Académico Socialista». Señala allí que, en la cantidad de factores que hacen diversa la economía, se incluye también el medio geográfico, la raza, y hasta la persona humana que, históricamente, en su lugar se configuró distinta que en otro.

En la tercera parte de «El Capital», Marx también dice: «una misma base económica (que es «una sola y la misma» según sus principales condiciones) puede desarrollarse de distintas maneras, puede tener diversas modificaciones por distintas condiciones reales, condiciones naturales, relaciones raciales e influencia histórica que presionan sobre ella desde el exterior». Vemos entonces que, como lo reconocen los propios maestros del materialismo histórico, un mismo esquema del desarrollo de las fuerzas de producción puede adoptar diversas formas, según la diversidad en las condiciones de producción. (Estas condiciones de producción, como todo lo que hay en el mundo, por supuesto, no son completamente independientes. Se desarrollan y modifican, pueden incluso verse nuevamente influenciadas por las fuerzas productivas y las relaciones de producción que, en un principio, nacieron de ellas mismas.)

De las enunciadas condiciones de producción influyeron, más que nada, a comienzos de la historia, las condiciones naturales, no sociales. Pero en el ulterior desarrollo, a medida que el hombre ha ido adquiriendo la supremacía sobre la naturaleza, ocurrió lo mismo con las condiciones. Cada vez más

las condiciones sociales, históricas, van adquiriendo una mayor influencia que las no sociales, las naturales.

En este concepto de «condiciones de producción» tenemos un firme punto de partida para construir una teoría puramente materialista de la cuestión nacional. En él se apoya la teoría, la fundamentación de la lucha nacional.

Sólo por precisión científica debemos, empero, agregar una nueva explicación.

En las citas de Marx arribada presentadas, se habla de influencias históricas que presionan desde afuera. Cuando decimos desde «afuera» damos a entender que la cosa influida está apartada de la otra. Vale decir que tiene una vida interior y otra exterior. ¿Pero acaso existe algo absolutamente apartado? No; ninguna cosa en el mundo está completamente, en forma absoluta, apartada de la otra. Pero, con todo, hablamos de algo apartado; cada uno, en la vida general, sabe que la humanidad todavía debe ser considerada una comunidad, una suma de determinadas unidades que, en cierta medida, están apartadas. Cada uno, por ejemplo, sabe y comprende que, en cierta medida, las masas populares francesas están separadas de las masas populares alemanas, etc. Desde el punto de vista científico se habla muchas veces de diversas cosas que, si bien en alguna medida están ligadas entre sí, son, sin embargo, consideradas como separadas. ¿Por qué es así?

Porque, como ya hemos dicho, separadas en *cierta medida* hay muchas manifestaciones. Pero no completamente. Sólo *relativamente* están separadas. Repetimos y subrayamos, para que no surjan malentendidos: RELATIVAMENTE. La humanidad, todavía hoy en día, debe ser considerada como un todo de unidades relativamente separadas. Y, naturalmente, si se habla de tales unidades relativamente separadas, puede también hablarse de relaciones *internas* y *externas*. Marx, cuando habla de «influencias externas», reconoce implícitamente la separación relativa de las sociedades actuales.

Pero ¿qué cosa crea la relativa separación de la vida social de un grupo determinado de modo que podamos considerarla como en algo diferenciado? ¿De qué manera tenemos derecho a considerar que Inglaterra es algo *diferente* de Francia, si

sabemos que ambas tienen una *igual* forma capitalista de producción? Podemos hablar, y lo hacemos, de una *separación relativa* de grupos sociales, *nada más que porque hay una relativa separación de las condiciones de producción en las que elaboran su vida esos grupos.*

Muchas veces a un grupo así se le llama «organismo social económico». (Cuanto más crecen las fuerzas de producción, las relaciones entre los hombres se hacen más estrechas tanto en el seno del organismo social económico dado, como fuera de él). El organismo, por lo mismo, se hace menos y menos separado. Cosa similar ocurre con los organismos vecinos. No cabe duda que el crecimiento de las fuerzas de producción, si no conduce a un acrisolamiento de los organismos en que la humanidad se divide, por lo menos lleva a su acercamiento. Pero el crecimiento mismo de las fuerzas productivas tiene lugar en las condiciones de producción de una comunidad dada, condiciones que están relativamente apartadas.

Arribamos entonces a la fundamentación y explicación de los dos siguientes agrupamientos de la humanidad:

I.—Los grupos en que la humanidad se divide según la diferencia en las condiciones de la relativamente separada producción, reciben el nombre de sociedades, organismos social-económicos (Estado, familias, pueblos, naciones).

II.—Los grupos en que se divide la sociedad según su diferente participación en el proceso de producción, según su diferente relación con los medios de producción, se llaman clases (castas, capas, etc.).

LA LUCHA NACIONAL

Si ya hemos determinado la causa que engendra la división de la humanidad en sociedades, podremos pasar a fundamentar la lucha nacional y señalar en qué terreno se produce.

Sabemos qué es lo que promueve la lucha de clases. La situación de diferentes clases en el modo de producción, es

diversa. La situación de una clase puede ser mejor o peor, más cómoda o menos cómoda que la de otra. El anhelo de los integrantes de la sociedad de ocupar o conquistar una situación de mayor privilegio, o de conservar la ya alcanzada, adquiere expresión en la lucha de clases.

La lucha de clases alcanza el carácter de un problema social allí donde se produce un *conflicto* (un choque) *entre el desarrollo de las fuerzas de producción y el estado de las condiciones de producción*, o sea, cuando el estado de las condiciones de producción es ya inadecuado, anacrónico, y no se adapta a las exigencias del desarrollo de la producción.

Lo mismo ocurre con la lucha nacional: La situación en un medio de condiciones materiales de producción puede ser más cómoda que la situación en el medio de otras condiciones materiales de producción; y entonces se produce una puja que tiene carácter igual al que hemos señalado respecto de la lucha de clases. Esta controversia da como resultado la lucha entre enteras unidades sociales.

Y hasta no es indispensable que las condiciones sean distintas en cuanto a su comodidad, porque por cómoda que sea la situación de una sociedad dada en medio de sus habituales condiciones de producción, puede no obstante ansiar un cambio en su producción, un incremento de su suma de energía y, para ello necesita, ampliando la esfera de sus condiciones de producción, conquistar condiciones ajenas. Y tenemos las mismas manifestaciones: Unos ansían conquistar, otros buscan defender. FRENTE A NOSOTROS TIENE LUGAR UNA LUCHA NACIONAL.

Hemos señalado, por consiguiente, dos bases de donde surge la lucha de unidades sociales. Con palabras más sencillas: Se produce cuando el desarrollo de las fuerzas de producción requiere que las fuerzas de producción sean mejores, más cómodas o más amplias, puesto que el estado anterior de las condiciones de producción no se adapta al ulterior desarrollo de la producción. El problema nacional, en consecuencia, debe ser subrayado como un *conflicto entre el desarrollo de las fuerzas de producción y el estado de las condiciones de producción*.

Pero cada manifestación social se relaciona, en primer término, con los elementos materiales-económicos de la vida social. Ninguna lucha se realiza por cosas «espirituales», sino por ciertas cosas materiales. *La lucha de clases no tiene lugar por la posesión de los medios «espirituales» de trabajo, sino por medios bien materiales. Lo mismo sucede con la lucha nacional.*

La lucha de clases se realiza por la posesión material de las clases; por la posesión de los medios de producción. Los medios de producción pueden ser materiales y espirituales. Llámase medio material aquél que puede ser quitado: máquinas, por ejemplo. Medio espiritual, en cambio, se denomina el que no puede ser expropiado: por ejemplo, las prácticas técnicas, la destreza, etc. La lucha entre dos clases no se realiza por el dominio de los medios espirituales, sino por la posesión de los medios materiales de trabajo, aun cuando muchas veces suele adoptar la forma de ideologías espirituales y culturales.

La lucha nacional, asimismo, se realiza por la posesión material de las unidades sociales. El patrimonio de la sociedad es la posesión de las condiciones de producción. Las condiciones de producción, asimismo, pueden ser materiales o «espirituales» (condiciones no quitables). Las condiciones naturales son el territorio y todos los productos de la cultura material creada por los hombres, principalmente las condiciones «materiales» de producción. A las condiciones espirituales pertenecen: idiomas, tradiciones, costumbres, concepciones del mundo; en pocas palabras: las *condiciones «históricas» de producción.* La lucha entre unidades sociales, la lucha nacional, no se lleva a cabo por la posesión de los bienes espirituales, sino de los bienes materiales, aun cuando muchas veces la lucha se realiza bajo la bandera de valores espirituales.

El nacionalismo siempre se relaciona con la posesión material de la Nación, aun cuando exteriormente disponga de diversos disfraces. Pero, antes que nada, tratemos de definir qué entendemos por «nacionalismo». El concepto «nacionalismo», cuestión nacional, se vincula con el concepto de «Na-

ción». Por lo mismo, debemos explicar primeramente qué entendemos con el concepto «Nación».

PUEBLOS Y NACIONES

Las expresiones «Pueblo» y «Nación» sirven para indicar distintas situaciones o etapas de desarrollo en la vida de una cierta sociedad. Tomemos, por ejemplo, la palabra «clase»: bien se sabe que el concepto de clase que usó Marx en sus investigaciones, más que claro es muy complicado; por un lado, Marx considera clase a todo grupo que se diferencia de los demás grupos de la misma sociedad, según su participación en la forma de producción. En ese sentido, Marx y Engels también recalcaron que la historia de la sociedad es la historia de la lucha de clases.

Pero también encontramos en Marx palabras que demuestran que utilizaba un concepto distinto, mucho más condensado, sobre el término «clase»: no considera clase a cualquier grupo que ocupa una situación diferenciada en el modo de producción, sino al grupo que ya alcanzó la etapa de autoconciencia y que ya actuó en la arena política con intereses y reclamaciones claramente expresados. Los dos significados de una sola y la misma palabra «clase», en Marx se pueden, por ejemplo, encontrar en su libro «La miseria de la filosofía». En efecto, allí se lee: «En un orden donde ya no haya clases ni contradicciones de clase...». En este párrafo el término clase se usa en el primero de los dos aspectos arriba señalados. Algo antes dice: «En la medida que el proletariado todavía no se desarrolló suficientemente como para denominarse clase, la propia lucha entre el proletariado con la burguesía carece de carácter político». O, más adelante puede verse: «Las diferentes fases históricas que atravesó la burguesía, empezando por la comunidad urbana hasta alcanzar el grado de clase...». Aquí, por el contrario, ya nos encontramos con el concepto «clase» en el segundo aspecto. Marx plantea la diferencia entre los dos

grados del grupo: primero, cuando el grupo es clase nada más que en relación con los otros grupos; segundo, cuando ya se apresta a la lucha política y se transforma en clase *para sí*.

Una unidad social también se encuentra en esos dos grados: primero, cuando aparece como unidad relativamente apartada respecto de otras sociedades; segundo, cuando constituye una sociedad para sí. En este aspecto, los que investigan tal manifestación social —vale decir, la vida de las sociedades— se encuentran en mejor situación que los que se ocupan del problema de clases.

Cuando se quiere señalar la situación de un grupo que ocupa un peculiar lugar en el modo de producción e indicar si todavía se encuentra en un período previo a su autoconciencia, o si ya está impregnado de autoconciencia, sólo se dispone de una palabra: «clase». Y de ello deviene toda la complicación: en vez de haber dos términos para las dos expresiones, hay uno solo. En cambio, para los grupos que surgieron de distintas condiciones de producción, hay dos términos para definir sus dos etapas:

Una sociedad que advino en las mismas condiciones de producción es comúnmente llamada pueblo; y la misma sociedad que además está unida por la conciencia de la integración de sus miembros individuales, la que proviene de un común pasado histórico, se denomina comúnmente Nación.

De esto se desprende que un pueblo se torna Nación sólo en una etapa superior de su desarrollo. Más adelante nos referiremos a cuándo los pueblos adoptaron el carácter de naciones. Mientras tanto, pasaremos a explicar el concepto «nacionalismo».

NACIONALISMO

La psiquis de cada persona se adapta, en una o en otra forma, a las condiciones en que vive su grupo. De esta manera

se elabora una psicología de grupo, se elaboran rasgos determinados de un carácter de grupo.

Una mirada profunda y aguda sabrá encontrar en esos rasgos la relación hacia las condiciones materiales de la vida de producción, hacia un determinado tipo o modo de producción y hacia una suma determinada de sus condiciones. La relación, muchas veces, puede estar disimulada.

Además, también los individuos de cada grupo —sea una sociedad o una clase— tienen en general rasgos muy similares. Sin embargo, ello no significa que la similitud sea un síntoma de que sus intereses son realmente iguales o solidarios. Y, aunque esa igualdad de intereses, no siempre existe la conciencia de ello.

Hay grupos cuyos individuos pueden no tener intereses iguales, porque discrepan y chocan por sus contradicciones internas. Y grupos que tienen verdaderamente intereses iguales, armónicos, no llegan tan fácilmente a la conciencia de la igualdad: para que tal conciencia se forme, es indispensable un tiempo más o menos prolongado.

Pero en los grupos así armónicamente constituidos, gracias a que sus individuos se adaptan de una manera a la vida circundante, *finalmente* también se crea la conciencia de su armonía. En conclusión: gracias a que el grupo vive en particulares y también armónicas condiciones de producción o relaciones de producción, se crea alguna vez, además del carácter de grupo, también la conciencia de grupo. Todas las emociones (sentimientos, etc.) que se manifiestan por la conciencia, promueven en último término lo que se conoce como sentimiento de vecindad o parentesco.

La vida en las mismas relaciones de producción, cuando las relaciones son armónicas para los individuos del grupo, le despierta la conciencia de clase, y el sentimiento de fraternidad de clase.

La vida en las mismas condiciones de producción, cuando las condiciones son armónicas para los miembros de una sociedad, despiertan la conciencia nacional y el sentimiento de integración nacional.

Esta integración es sentida por las personas como ligada a

su pasado común. Naturalmente, no significa todavía que tengan un antiguo pasado común. A veces, la antigüedad del pasado común no es más que una cosa ideada.

El sentimiento de integración que se crea por el común pasado histórico (y la raíz del pasado común se encuentra en las condiciones iguales de producción), es el denominado nacionalismo.

NACIONALISMO Y TERRITORIO

Ya hemos dicho que el nacionalismo, en última instancia, siempre tiene relación con el patrimonio material de la Nación. ¿Qué significa, empero, *patrimonio material de la Nación*?

En general, como lo hemos indicado más arriba, los bienes de una sociedad son las condiciones de su vida de producción. Las condiciones se clasifican en materiales y espirituales. *La más importante de las condiciones materiales de producción es el territorio. El territorio, además, es la base sobre la que se encuentran todas las otras condiciones de producción y sirve para atraer todas las influencias exteriores.*

Además, en todo lo que puede, cada nacionalidad tiene también formas de preservación de sus bienes. Son la unidad política y las instituciones políticas, la lengua, la educación nacional y el propio nacionalismo.

Pero algo hay que recordar: La Nación, pese a todo, está dividida en clases (en las dos acepciones del término). En la vida de producción ocupan diferentes situaciones; su lugar en las relaciones de producción no es igual. Las condiciones tampoco pueden tener para ellos el mismo significado: la relación es diferente hacia el patrimonio nacional. El punto de gravedad de sus intereses se encuentra en distintas partes de ese patrimonio, y por eso tienen diferentes «nacionalismos». Si formalmente llamáramos nacionalismo a una tendencia a defender los intereses nacionales, que de uno o de otro modo se vinculan con la base de las condiciones de producción, es de-

cir, con el territorio, y con sus formas de preservación, tendríamos entonces que, por la diferenciación de los mismos intereses nacionales, hay también diferentes tipos de nacionalismo.

Los intereses nacionales pueden ser internos y externos, pueden ser conservadores o progresistas, agresivos o defensivos. Todo esto, naturalmente, provoca ciertas modificaciones en el nacionalismo.

ADVENIMIENTO DEL NACIONALISMO

No puede haber nacionalismo allí donde las condiciones de producción no están aún nacionalizadas, es decir, allí donde la relativamente apartada sociedad no se delimitó del exterior y consolidó en el interior.

Pero deben satisfacerse *esas* dos condiciones: *delimitación del exterior y consolidación en el interior*. El orden feudal sólo satisfizo la primera condición: sólo delimitó las diferentes sociedades una de la otra. Pero no ligó a sus individuos con una estrecha vinculación interna. La época feudal no sabía de una unidad armónica en las condiciones de producción; sólo conocía «pueblos». Por lo mismo, tampoco sabía de nacionalismo ni de problemas nacionales.

El nacionalismo antiguo tenía un carácter puramente político y esporádicamente afloraba cada tanto, cuando las relaciones exteriores entre los pueblos se veían fuertemente agudizadas. El nacionalismo florecía y moría junto con las grandes guerras, y las mismas guerras no se realizaban por intereses nacionales ni eran nacionales.

Pero cuando en el seno del orden feudal empezó a desarrollarse el capital comercial, empezaron a crearse nacionalidades; el nacionalismo pasó del exterior al interior; en vez de ser como antes, puramente transitorio y casual, empezó a aflorar repetida y constantemente. Y recién pasado al interior, se hizo nacional. El desarrollo del capital desconcertó paulatina-

mente las bases del orden anterior y, con la ayuda de capital propio, nació «la reunión del país»; se formaron grandes monarquías. Se plantea la pregunta: ¿Qué interés agitaba al movimiento que nacionalizó las condiciones de producción social?

Más adelante hablaremos de esta cuestión; ahora, sólo queremos señalar lo siguiente: el primer portador del pensamiento nacional —la burguesía (tanto comercial como industrial)— que en su tiempo fue tan pujante y progresista, luchó energicamente contra el viejo régimen y creó un mundo nuevo. No podía ser, por supuesto, la defensora de bases tradicionales: *desde sus primeros pasos el nacionalismo no tiene relación alguna con las tradiciones.*

Terriblemente superficiales e ignorantes son los que desprecian al nacionalismo como cosa anacrónica, como cosa reaccionaria o tradicional. El nacionalismo es un producto de la sociedad burguesa; advino junto con ella; primó durante todo el tiempo de su hegemonía; es preciso tenerlo en cuenta lo mismo que a todas las manifestaciones de la sociedad burguesa. Y hablando desde el punto de vista proletario, debemos decir: el proletariado tiene una relación directa hacia el nacionalismo, hacia el patrimonio nacional, hacia el territorio. Ya que el proletariado tiene participación en la producción, está interesado en las condiciones de producción; debe haber un cierto tipo de nacionalismo proletario, y en verdad lo hay.

* * *

Una general y necesaria condición para que prosiga la forma capitalista de producción es la libertad. El comercio y la industria sólo crecen en libertad de competencia, vale decir, cuando existe la libertad de trasladar los capitales y las mercancías y crear un mercado para ellos. Y el trabajador también debe estar libre y libremente utilizar su fuerza de trabajo, o sea, que debe poder moverse con libertad. Solamente así puede crearse la plusvalía, savia vital del capital.

La libertad de viajar, de moverse en general, es la primera y la más importante de todas las libertades. Sin ella, todas las otras libertades carecen de valor. Y es también la primera condición de la producción capitalista.

Para la migración y el tráfico, naturalmente debe existir el territorio. Un viaje libre, una libre travesía necesita tener «a priori» un libre territorio. En esto hallamos el interés que movió a la burguesía a luchar por la liberación del país.

Y la lucha se hizo antes que nada para liberar cierto territorio, que tiene ciertas fronteras. Las fronteras terminaban allí donde cesaba de imperar una lengua determinada. Porque en los primeros tiempos, cuando la economía burguesa se desarrolló, nadie podía pensar en la supresión de estas fronteras. Y, antes que otra cosa, era necesario librar al tránsito el territorio en el que reinaba la lengua dada.

Era necesario libertar a la población del territorio y expulsar los resabios feudales que cubrían al país como densa red, y dificultaban la libertad de tránsito. La burguesía entonces, *creó un relativamente apartado organismo social, lo liberó de la hegemonía feudal y armonizó las bases de su producción*. En esto radicaba la causa de su nacionalismo. Además liberó a toda la población. Se unificó con todos los sectores contra uno solo: contra los «señores» de entonces. Eso estimuló y fortaleció su nacionalismo verdaderamente combativo y progresista.

De esta manera, con el tiempo, los pueblos europeos se transformaron en naciones.

Elaboraron en su seno la conciencia nacional; los individuos de la nación se impregnaron del sentimiento de co-pertenencia, sobre el terreno del pasado histórico común (en lenguaje materialista: en el terreno de las condiciones comunes de su vida de producción). Los pueblos que estaban interesados en crear su patrimonio común, comprendieron que tal patrimonio estaba entre ellos, pero había que arrancarlo de manos del feudalismo dominante. Por eso les nació el amor a su territorio: al hogar, la patria, la base común de las condiciones de producción. Les nació el amor por las formas propias de preservación; comenzaron a cultivar su lengua y soñaron con un estado realmente nacional.

(Junto con este progreso del nacionalismo, en la combativa burguesía nacía también una tendencia cosmopolita, o, más bien, universalista. Buscaba hacer feliz a toda la humanidad;

esperaba borrar del mundo entero el feudalismo. Las guerras mundiales de Napoleón no tenían metas nacionalistas; no hubo síntomas siquiera de que haya querido oprimir nacionalidades ajenas, extirpar sus idiomas o equiparar sus tradiciones y costumbres. No; la joven burguesía daba un testamento sincero a las peculiaridades de los pueblos oprimidos. Napoleón quería fortalecer su influencia personal y esparcirla por el mundo entero. Pero no hizo ningún acto para asimilar a los pueblos derrotados. Por el contrario: sólo se limitó a cambiar la dinastía reinante y permitió la independencia a cada pueblo. En sus guerras, Napoleón solía apoyarse en las poblaciones oprimidas cuando combatía a sus opresores. (Hasta existen datos según los cuales planeaba devolver Palestina a los judíos). Mas la ola nacionalista que se desató sobre Europa borró finalmente también este síntoma de cosmopolitismo que Napoleón puso de manifiesto.)

Pero después de la Revolución se vio con claridad el desmembramiento de la sociedad; se vio que la Nación era un conglomerado de varias clases. Una vez recuperado el patrimonio nacional, procedieron a repartirse la riqueza. Y con gran violencia se desató la lucha de clases. La armonía y la solidaridad de que antes se hablaba, se desvanecieron como el humo. El principio esencial de la política —«el pueblo»— resultó ser una ficción, algo nada concreto. «Nuestro» hogar, «nuestro» país, «nuestra» lengua, «nuestra» cultura, todas las condiciones de la vida de producción siguieron siendo, es cierto, un patrimonio nacional. Pero dejó de creerse en que fuera el patrimonio común de todos los individuos de la Nación. Y también perdió su forma aguda de esencial conciencia de integración, de co-pertenencia en el terreno del pasado histórico común. Perdida la forma aguda que tenía, dejó de ser un sentimiento ardiente y siguió siendo nada más que un resabio sobrevivido: *se tornó una tradición*.

Estamos hablando de naciones libres, que a nadie oprimen y que por nadie son oprimidas; de naciones que viven en condiciones de producción normales. En ellas, el sentimiento de integración y la conciencia de integración o co-pertenencia se transformó en una tradición, en una evocación histórica. Y la

vida coadyuvó para ello. Las condiciones materiales de vida, que despertaron el antagonismo de clases, hicieron muy a un lado a esta tradición y no le permitieron tener ninguna influencia institucional. Cada clase ocupaba su posición social y, desde su punto de vista clasista, tenía apego por una parte del patrimonio nacional, la parte con la que se relacionaba.

Entre los pueblos libres, que a nadie oprimen y por nadie son oprimidos, no existe el medio donde choquen los intereses nacionales; vale decir que no hay un lugar en las condiciones de producción donde sean afectados los armónicos intereses comunes de todos los individuos de la Nación: entre ellos no existe un «nacionalismo» virulento. Sólo se manifiesta en tenues sentimientos de simpatía, por así decirlo, de «amor por lo propio». Este mismo «amor» puede conducir a que en *Condiciones excesivamente iguales* una persona «ayudará al propio» preferentemente y con más placer que al «ajeno». (Decimos en «condiciones excesivamente iguales», porque cuando la solidaridad real pesa más en el platillo «ajeno» de la balanza, se desvanece en un solo momento todo el nacionalismo. Por ejemplo: la fuerza del nacionalismo holandés puede ponerse de manifiesto en que el patrono holandés ayudará preferentemente a un holandés indigente, antes que a un belga. Pero, en todos los casos, le será más cercano el conservador belga que el socialista holandés. Con la cuestión nacional y el nacionalismo como manifestaciones de mucha importancia social, tienen muy poco que ver esos simples sentimientos nacionalistas.)

Entre diferentes clases de naciones libres, puede sin embargo haber, a veces, un nacionalismo más universal y exuberante. Pero de cualquier modo no es más que potencial, contenido, que en la primera oportunidad propicia manifiesta en forma aguda su discrepancia.

Pero siempre es preciso tener bien presente: esa oportunidad sólo puede ser propicia cuando peligra el patrimonio nacional, y, sobre todo, el patrimonio nacional material. Y cuando el peligro también amenace los intereses de clase de alguna parte. Porque el centro de gravedad de las Naciones libres no se encuentra en su existencia nacional —puesto que sus

condiciones de producción, al fin de cuentas, son bastante normales—, sino en su estructura de clase, en las relaciones que se crean en los marcos del propio proceso de producción. En tanto no se ven amenazados los intereses nacionales de alguna clase, la propaganda del nacionalismo oscurece antes que nada la conciencia de clase y, por lo mismo, es perniciosa.

Pero, por supuesto, cuando las condiciones de la vida de producción en una cierta Nación se ven colocadas en situación anormal, el nacionalismo ya tiene un carácter bien distinto.

NACIONALISMO Y CONCIENCIA DE CLASE

Es preciso saber en general que las anomalías en las condiciones de producción repercuten perniciosamente en las propias condiciones de producción, en la estructura de clase. Es un hecho conocido que las condiciones normales de producción posibilitan la agudización de las contradicciones de clase; las anormales, en cambio, las atenúan. Al mismo tiempo, las condiciones normales de producción desnacionalizan al pueblo y atempera la conciencia nacional; pero, por el contrario, cuando falta cualquier parte del patrimonio nacional y son más limitadas sus formas de preservación, los intereses de la Nación se tornan armónicos, la conciencia nacional se fortalece y agranda. Por eso existe entre la conciencia de clase y la conciencia nacional un cierto antagonismo en todas las épocas, y la una procura sobreponerse a la otra. A veces sucede que los individuos de una Nación —que comprensiblemente se encuentran en condiciones anormales de producción— son empero armónicos desde cualquier punto de vista; los destemplados ideólogos clasistas ignoran sin embargo los intereses nacionales que también son importantes para su clase. Oscurecen por ello la conciencia nacional que, precisamente en ese caso, no debería ser oscurecida, puesto que tal cosa *resulta perniciosa también para los intereses de su clase*. El

mismo alboroto provoca también la propaganda nacionalista allí donde una Nación se encuentra en condiciones normales, o donde esa propaganda pretende «demostrar» que los intereses son más amplios y armónicos de lo que en realidad ocurre. En este último caso, el nacionalismo oscurece la conciencia de clase. Y esto, naturalmente, resulta perjudicial para toda la Nación, porque no pone de manifiesto correctamente las reales relaciones de los grupos; lo que suele motivar el autoengaño, el palabrerío hueco y la escasa visión social.

El oscurecimiento de la conciencia es siempre pernicioso: así provenga de una demagogia clasista o nacional, así signifique la tergiversación de intereses nacionales o de clase. Que se comprenda mal la verdadera situación de las condiciones de producción, o de las relaciones de producción: una u otra cosa, es siempre reaccionaria.

* * *

Las clases dominantes de naciones libres, y también de naciones oprimidas, se valen del antagonismo básico que existe entre la conciencia nacional y la de clase y, a veces, están inclinadas a realizar una pristina propaganda nacionalista con el objeto de oscurecer la conciencia de clase de sus subordinados. Pero esa manifestación no nos debe engañar y no debemos creer que las clases dominantes tienen ellas mismas tendencias nacionales. En todo caso, las clases dominantes no son nacionales, sino nacionalistas.

Toda propaganda, todo movimiento arraigado en el carácter de las condiciones de producción de una sociedad es llamado nacionalista cuando oscurece la conciencia de clase y civil de sus miembros, cuando éstos ignoran la estructura de clase y el antagonismo de los intereses. Pero cuando no entorpecen ni ocultan la estructura de clase de la sociedad, la propaganda o el movimiento es denominado nacional.

El «espíritu nacional», toda suerte de «sustancias cultural-históricas», todas las tradiciones infladas son los mejores velos para ese ocultamiento. De tales cosas están siempre densamente impregnadas las arengas nacionalistas. Las innumerables frases huecas, los lugares comunes que están llenos de

éstos o de parecidos conceptos, no son nacionales, sino nacionalistas.

En conclusión: una persona que piensa nacionalísticamente, teniendo en cuenta el hecho de que hay un carácter nacional común, está por lo mismo inclinada a olvidar las diferencias sociales de los individuos que integran la totalidad de la Nación. Pero un hombre que piensa nacionalmente, cuando reconoce que existe un tal carácter nacional, que se creó en el medio de las condiciones comunes de producción, comprende sin embargo:

1.º Que los rasgos de ese carácter nacional, del tipo nacional-cultural, son muy difíciles de determinar; están demasiado diseminados.

2.º Que en el seno de cualquier nacionalidad dada afloran en cada clase sus diferentes rasgos característicos, los que son mucho más prominentes y se pueden determinar perfectamente.

Por último, la persona que piensa nacionalísticamente sostiene que todos los miembros de la nación deben ser nacionalistas; hace del nacionalismo y del patriotismo un deber sagrado. Pero la persona que piensa nacionalmente, no ve nada de malo en el hecho de que algunas clases de la sociedad estén enteramente libres de nacionalismo, mientras que las otras entienden el nacionalismo, cada uno a su manera, según sus diferentes intereses de clase.

Trataremos en seguida de caracterizar los diversos tipos de nacionalismos en distintas clases sociales.

EL NACIONALISMO DE LOS GRANDES TERRATENIENTES

Los grandes terratenientes, son la clase que vive de la renta. En parte, claro está, viven del beneficio que les rinden sus capitales. Pero la fuente principal de sus ingresos es la renta

de la tierra y ello motiva que más que nada aprecien lo inmobiliario, el patrimonio de la tierra. El territorio les es valioso sólo en la medida en que les sirva como suelo que da renta. Su nacionalismo es, principalmente, un nacionalismo telúrico. Sólo puede sentirse amenazado cuando cualquier país vecino piense en conquistar la tierra misma, porque de esta manera los terratenientes pierden la posibilidad de obtener sus ganancias. Los terratenientes en verdad están muy lejos de interesarse en el hecho de que la tierra también sirve a otras clases de la Nación como mercado nacional, y poco les importa que un pueblo foráneo, capitalistas extraños piensan quitarle a su burguesía el mercado que les representa el territorio. Sólo otros intereses laterales llevan empero a esta clase a interesarse con ello.

La posición de la clase terrateniente en el desarrollo histórico es una posición de transición. Esta clase se «capitaliza» rápidamente en la actualidad y está siendo colocada en nuevas relaciones respecto al patrimonio nacional y sus formas de preservación. Pero no es todo. ¿Qué son, en efecto, los terratenientes? Son un resabio del feudalismo, de un orden al que el desarrollo condenó a desaparecer. Los terratenientes perdieron su poder económico y, cada vez más, también se les quita el poder político que en algunas partes mantienen todavía. Esto, precisamente esto, explica su nacionalismo, que asume proporciones sencillamente chovinistas.

En los lugares más atrasados, donde la clase terrateniente en cierta medida subsiste, se halla más cerca que otros del poder estatal. Pero el estado actual es un Estado de clase. Los intereses de partes distintas en el Estado, son diferentes. Por supuesto la dominación no está en manos de todos los grupos de la sociedad. El poder estatal, más estrechamente que nada, está ligado a alguna clase. Pero en tanto le es posible, el gobierno procura apoyarse en la atención de toda la población sin diferencia de clases. Para conservar su influencia, pretende ocupar un lugar entre todas las clases. Pero para alcanzar tal posición es preciso enarbolar una bandera que esté por encima de todos los choques en el organismo estatal. Esta bandera es el nacionalismo, la idea nacional.

Lo mismo hacen los terratenientes en los lugares donde ostentan aún, como hemos señalado, el poder político.

A raíz de eso, advertimos una extraña manifestación: los propios feudales, que otrora no tuvieron ningún concepto de la «idea nacional», de la «misión nacional», son hoy sus más ardorosos adeptos. En verdad, fueron enterados de esa idea por sus ex enemigos: la burguesía. Esta paradoja sólo se explica por el hecho de que están inclinados a ocupar una posición pretendidamente por encima de todas las clases. Para no despertar el descontento de la población subordinada se interesan en todo lo que tiene aspecto de valor nacional común y se esmeran por defenderlo y encandilar de tal modo a los habitantes. De allí se desprende por qué los grandes terratenientes son tan fogosos defensores del honor nacional y tan susceptibles en el sentido nacional. Son, por así decirlo, el sempiterno material explosivo del nacionalismo. Siempre están dispuestos a estallar ante el menor atropello.

El nacionalismo de los terratenientes tiene aún otra «virtud»: entre ellos permanece todavía el acervo de las tradiciones que se fueron acumulando durante la época feudal. Aunque el nacionalismo, como hemos visto, no tuvo esencialmente en sus comienzos nada de común con las tradiciones (en la época cuando advino y se difundió) entre los terratenientes, empero, el nacionalismo se confunde en una espesa maraña con las tradiciones (y precisamente por los terratenientes, como representantes del poder político saltan a la vista, los espectadores ingenuos creen que, en verdad, nacionalismo y tradición son una y la misma cosa. Una conclusión tan superficial no debe enorgullecer mucho a las personas que piensan de esa manera. Todo lo que se diga sobre el nacionalismo es tradicional, sólo es cierto respecto a los terratenientes y muchos de sus ideólogos. Claro que este nacionalismo es fuera de la Nación dada, eminentemente agresivo y muy amigo del militarismo. Es cierto que dentro de la Nación es conservador y tiene como objetivo principal la defensa de todas las bases existentes. Es cierto que los representantes de este nacionalismo acusan a toda insatisfacción de los oprimidos como manifestación antinacional, como «traición». Es cierto que este

nacionalismo quiere atenuar toda diferencia entre enemigo «interno» y «externo» y acusa al primero como aliado del segundo, como tráfuga, traidor, etc.).

En los países donde el poder está en manos de la burguesía, y los terratenientes están alejados del gobierno, el nacionalismo tradicional de los terratenientes se pone de manifiesto en actos reaccionarios e impotentes. Al mismo tiempo que se acerca su inminente final, siembran su triste camino con escándalos no menos tristes. Un «nacionalismo» semejante encontramos en Francia (1). Por la cantidad de escándalos es siempre posible calcular los días que aún les resta por vivir.

EL NACIONALISMO DE LA ALTA BURGUESIA

El gran capital, empero, poco sabe de tradiciones, como ya lo hemos señalado varias veces. De antemano podemos decir que si es nacionalista, su nacionalismo está muy lejos de cualquier relación con las tradiciones. Con el mercado interno nacional y con el idioma —con el idioma nacional que prima en el mercado—, el gran capital se vincula muy poco. El gran capital trascendió hace ya mucho las estrechas fronteras del mercado nacional y los límites lingüísticos; ahora, con la cabeza erguida pasea por el inmenso mercado mundial. Cuando coloca sus mercancías, la alta burguesía no integra el medio donde está difundida la lengua nacional, porque no tiene relación directa con el consumidor. El consumidor no habla con el fabricante, sino con el tendero. El fabricante, incluso, no necesita conocer otra lengua que su idioma materno. Después de todo, tiene empleados, corresponsales y contadores que se comunican por él con el extranjero.

Menos que el gran industrial se relaciona con el mercado local el financista, el capitalista del dinero, quien ejerce influencia sobre toda la economía de la actualidad. La alta bur-

(1) Se habla de Francia antes de la Primera Guerra Mundial.

guesía, entonces, no lleva una política nacional interna: sueña con el poder universal de su capital nacional. Querría echar del mercado mundial a todos los capitales «foráneos», para obtener mayores beneficios. Y para esto, necesita tener una buena flota, un buen ejército. Pero de cosas tan «delicadas» como el «espíritu cultural nacional», etc., quiere saber muy poco. Mucho más cercanas al corazón le son las bombas, las municiones, los acorazados. Los problemas de idioma y educación nacional le interesan muy poco. Más le preocupa el presupuesto del ejército y la flota. Pero para tener preponderancia en eso, es imprescindible contar con el poder político. La base real del poder político es, como en general se comprende, el territorio.

Para el gran capital, el territorio y sus fronteras tienen el valor de un punto de apoyo para conquistar el mercado mundial.

Entre la intelectualidad casi no hay ideólogos que se ocupen de la alta burguesía, que se preocupen por describir la tendencia de su vida, salvo la cotidiana prensa poderosa. Esta última, la prensa, no selecciona mucho cuando busca medios para la desmoralización chovinista. Los conceptos con que le llena la mente al público, los toma de lo primero que le viene a mano. Hasta se vale de tradiciones de los terratenientes, con tal de llenar columnas. Pero, repetimos, este grupo, la alta burguesía con su peculiar nacionalismo, está lejos de las tradiciones aun cuando sea la clase dominante en los tiempos actuales. Todos los juramentos procuradores del nacionalismo podrían recordarlo. Esto desvanece la impresión corriente de que nacionalismo-tradiciones-dominio son una y la misma cosa.

EL NACIONALISMO EN LA CLASE MEDIA Y PEQUEÑA BURGUESIA

Ahora hablaremos de la clase media y pequeña burguesía. Para este sector, el territorio ya no tiene el valor de una extensión de suelo, como ocurre con los terratenientes; en cam-

bio, el territorio les significa un mercado de consumo. Los límites de este mercado coinciden, naturalmente, con el lugar donde termina la hegemonía de la lengua nacional. El consumidor más próximo está obligado a utilizar el mismo idioma que el más próximo vendedor. De eso se desprende que el propietario medio esté interesado de que en su idioma hable el mayor número de personas. El nacionalismo de esta burguesía extrae toda su savia de los intereses del mercado nacional. Por lo mismo es el apoyo principal —naturalmente no el único— de la política que traba la libertad de lenguas extranjeras. Esta burguesía ve la esencia del nacionalismo en la lengua y todo lo que se vincula con la lengua: cultura tradicional, educación, etc.

A veces sucede que los grandes terratenientes de alguna nación dominante quieren ocupar la tierra en donde vive un pueblo oprimido y, por lo tanto, aspiran a asimilar la tierra. Se cubren entonces con el disfraz de portadores de cultura, asfixian la lengua de la Nación que quieren asimilar, dificultan su educación. La clase media y pequeño-burguesía es siempre el mejor aliado de los terratenientes en esta cruzada, es siempre el leal «luchador» por la misión «cultural». Para convenirse de esto, basta recordar los hechos de la política asimilatoria en la Silesia prusiana (2).

Los ideólogos de esta clase recurren a la misma fraseología que los terratenientes. Asimismo, se distinguen por algo similar a los terratenientes: ocupan la posición intermedia entre las dos clases principales de la sociedad y tienen la inclinación ingenua de creer que están por encima de todas las controversias, disidencias o discrepancias de clase.

En el fondo, le tienen un miedo terrible a cualquier conmoción social, puesto que ello les significaría la amenaza de un quebranto, de tornarse pobretones. Su dios es el orden; su enemigo mortal es la rebelión. Se aferran con uñas y dientes al minúsculo patrimonio que aún les queda y tiemblan pensando que lo pueden perder. Por eso son los sostenedores del

(2) También aquí se refiere Borojov a la época anterior a la Primera Guerra Mundial.

«orden» y la «ley» y están dispuestos a apoyar con fuego todo orden existente. Y, en general, son sempiternos resentidos, hombres que se hallan en camino al empobrecimiento y que no pueden luchar por su porvenir, que no se animan a mirarlo de frente.

Y cualquier cosa más o menos fuera de lo habitual, extraña, la confunden de inmediato con rebeliones, intrigas, recelos. Su mentalidad oscura y restringida no les permite sobreponerse a la rutina cotidiana.

En semejantes condiciones hallaron muy buen refugio todas las supersticiones y los prejuicios nacionalistas. La estrecha cabeza del pequeño-burgués está siempre ocupada por el «nosotros» y el «ellos», con lo «propio» y lo «ajeno». Y, además, se trata de una clase cuyos integrantes individuales están siempre en conflicto entre sí, debido a la competencia, y uno está dispuesto a ahogar al otro. No existe un punto general donde confluyan sus intereses de clase; entre ellos no hay lugar para una coincidencia de clase; por lo mismo, empero, les aflora con mucha más fuerza la auto-conciencia nacional. Este grupo también se crea sus «ideales», pero no es ahora el momento de referirnos a ello.

Para nosotros es importante el hecho de que la clase media y pequeño-burguesía, estando enormemente interesada en apoyar su mercado interno, apuntala directamente la política chovinista interna y externa de los terratenientes. Tan lastimoso nacionalismo no desempeña papel independiente. Cuando pierda su aliado fuerte —los terratenientes— sucumbirá por completo. Cuanto más se desclasa esta gran masa aburguesada, cuanto más una parte ingresa al proletariado y el resto a la alta burguesía, tanto más se aproxima el final de este tipo de nacionalismo.

Algunos grupos de la intelectualidad de clase media y pequeña-burguesía, que se ocupan con la cultura nacional —maestros, historiadores, escritores, artistas, cantantes— se sienten inclinados a una forma sosegada de un nacionalismo honrado, dignamente «cultural». Entre ellos está muy arraigado el reconocimiento del derecho de autodeterminación de cada Nación.

No sueñan con aniquilar a todos los otros pueblos. No quieren fagocitar a nadie. En la política interna, son liberales; a veces, hasta radicales. Lo mismo también practican con respecto a otros pueblos, pero, sin embargo, aman más lo «propio» que lo «ajeno», les resultan más agradables las evocaciones de la cultura «propia». No tienen altanería nacional, pero saben cuidar el orgullo nacional.

Los intelectualmente más desarrollados y progresistas no niegan la estructura clasista de la sociedad. Pero se interesan poco en ello, porque no les atrae la lucha o el tumulto. En su seno se anquilosaron las primeras manifestaciones del nacionalismo burgués de la época prerrevolucionaria. Entre ellos se conservan como congeladas las viejas tradiciones social-demócratas. (Como ya hemos indicado, este tipo de nacionalismo se llama «espiritual». Pero no es lo mismo que el pretendido nacionalismo «espiritual» de los terratenientes. Los terratenientes y la masa aburguesada que se arrastra tras ellos, anegan con frases altisonantes de ficciones culturales nacionales, sin considerar su contenido. Pero los ideólogos pequeño-burgueses lo hacen al revés. Creen, es cierto, profundamente en esas ficciones; y, por lo mismo, no las analizan críticamente de forma dogmática. Y crean distintas y curiosas teorías nacionalistas.)

* * *

Hasta ahora hemos considerado el nacionalismo de las clases dominantes. Como ya vimos, es un nacionalismo multicolor. Naturalmente resulta muy difícil delimitar los ideales nacionales que tienen los terratenientes, la alta burguesía, la clase media y pequeña-burguesía porque no es posible separarlos ni siquiera en el aspecto económico. Existen infinitas formas de transición que aproximan un tipo de nacionalismo al otro, y para la mirada no experta se confunden en una sola unidad. Pero la concepción materialista de la historia nos enseña a discriminar en todas partes entre los sectores fundamentales y las variaciones; nos enseña a desmenuzar siempre lo que a simple vista parece algo único y coherente.

EL NACIONALISMO DEL PROLETARIADO

No hay que seguir el error comúnmente difundido de creer que el proletariado no tiene relación alguna con el patrimonio nacional y que, por lo mismo, carece de sentimientos e intereses nacionales. *Ninguna clase social se encuentra al margen de las condiciones de producción y, por supuesto, para el proletariado tiene un valor muy importante el estado de esas condiciones.* Olvidemos las peligrosas sandeces y tonterías muy en boga entre el público progresista acerca de este problema. Si la base general y reserva de las condiciones de producción, el territorio, tiene para los terratenientes el valor de una propiedad telúrica y de un punto de apoyo para su poder político; si para la burguesía significa el punto de apoyo para conquistar el mercado mundial; si para las clases medias de la sociedad tiene el valor de un mercado de consumo; y si las formas de preservación del patrimonio nacional tienen para cada una de esas clases su significado decisivo, *el territorio también tiene su valor para el proletariado, tiene el valor de un lugar de trabajo.* Las formas de preservación para él tienen un valor decisivo.

El trabajador, aunque fuera mil veces un «desnacionalizado» (como los agitadores demagogos lo pretenden asegurar), necesita comer; y, para eso, más que otros, necesita trabajar. La desocupación le significa algo nada agradable. Señalaremos que hasta el mismo Marx reconoció que existe la competencia entre los obreros, una competencia por el lugar de trabajo. (Para reafirmar este aserto, aconsejamos leer con atención las últimas páginas de «Miseria de la Filosofía».) Entre los obreros menos cultos la cosa hasta llega a peleas entre operarios urbanos y supernumerarios, aunque sean del mismo país. Entre trabajadores más cultos, hay sentimientos de competencia más elevados y refinados. Ellos, naturalmente, no se pelearán con obreros supernumerarios, pero cuando afluyen emigrantes ajenos y provocan el descenso del salario, son mo-

lestados demasiado los intereses del obrero más culto, y no puede permanecer indiferente.

Las personas cuya capacidad de razonar está completamente intoxicada por las sandeces partidistas, por la agitación vulgar, se sentirían heridos en sus principios más sagrados cuando se les planteara los hechos que confirman nuestras palabras. Pero ¿necesitamos acaso ejemplos más elocuentes que el que nos da el diario de Volmar, en Munich, que se apresura a armar un escándalo cada vez que los empresarios privados u oficiales de Baviera contratan a obreros italianos, en vez de alemanes? Y Volmar, al fin de cuentas, está al frente de un partido. Es cierto que se trata de un revisionista (3), pero en la convención partidista de Jena es un «Gennose» muy aceptado. Lo mismo sucede si consideramos la políticas de los gobiernos australianos respecto de los inmigrantes. Parece ser claro que las limitaciones a la inmigración no se hacen en interés del capital, sino en el de los obreros.

El ejemplo de los gobiernos de Melbourne es más convincente y claro, que el de los gobiernos inglés y estadounidense. En Australia y Nueva Zelanda los trabajadores tenían mucha influencia en la política inglesa, pero en los Estados Unidos, casi ninguna. Los obreros, en los dos últimos países hasta están muy interesados de que el ingreso de obreros se limite; pero si las demás clases influyentes no apoyaran en este caso a los obreros, no podrían con sus propias fuerzas imponer las leyes inmigratorias. Allí están interesados en limitar el ingreso de inmigrantes:

a) La pequeña-burguesía comercial e industrial, pues gran parte de los inmigrantes que no pueden ganar su sustento en las fábricas, se ven obligados a entregarse al comercio y a la artesanía, con lo cual resultan factores de competencia para esos tenderos y artesanos.

b) Los empresarios grandes y medianos, que sufren por la competencia, ya que una gran parte de operarios en ciertos establecimientos consisten de inmigrantes; de no ser por la inmigración, esta competencia no se crearía.

(3) Se refiere al revisionismo social-demócrata.

c) Los desocupados y los obreros no calificados que sufren más agudamente la afluencia de los inmigrantes desocupados. El que los trade-unions hayan protestado contra la ley de inmigración no significa nada, pues los trade-unions están compuestos por obreros calificados y seguros. De la población obrera inglesa total son la minoría, y los intereses de un grupo privilegiado no pueden confundirse con los intereses de toda la masa obrera.

Y qué decir del comportamiento del proletariado norteamericano con respecto a los coolíes chinos (4): se conocen bien los brutales atentados contra obreros chinos. Todos los teóricos de partidos ya empiezan a sentirse inclinados a considerar la cuestión nacional; advierten ya que este maldito problema no le puede ser ajeno al proletariado. Pero el punto donde antes que nada el obrero puede sentirse afectado por la cuestión nacional es el territorio, el lugar de trabajo.

Hay muchos otros intereses obreros que tienen relación con eso: son los intereses culturales, lingüísticos, es el territorio, educacionales, literarios. Todo eso tiene valor como medio para desarrollar la conciencia de clase. Pero el desarrollo de la conciencia de clase no se nutre mayormente de la «cultura», sino de los procesos de lucha.

Pero la lucha sólo puede tener lugar allí donde el obrero trabaja, es decir, donde ya ocupa un cierto lugar; y cuanto más débil es su situación, tanto menos campo tiene para su lucha planificada. *En tanto un obrero no ocupó un lugar, no puede realizar su lucha.* Por lo mismo, está en su directo interés el velar por su lugar.

De cualquier lado que miremos el problema nacional para ver en qué forma existe para el proletariado —aunque sólo arribemos a las necesidades culturales— llegaremos no obstante siempre a la base material, es decir, al problema del *lugar de trabajo y lucha (la base estratégica), que significa el territorio para el proletariado.*

(4) El problema de los coolíes chinos, a comienzos de siglo, encontrará su continuidad con el problema de la integración negra en las grandes ciudades industriales, en la década del 60.

No está en espíritu materialista que los «bundistas» ignoren la base material del problema nacional proletario. Todo su sentido se reduce a la cultura como medio para desarrollar la conciencia de clase, o a preocuparse por la lucha sin prestar atención a las consideraciones del plan de lucha y trabajo. Esto es un desatino. En todo caso, el materialismo histórico no debe encontrar el real contenido de una cuestión social en la cultura; no lo entendió así el Bund y en ello radica su principal error. Este es el mejor síntoma de su inconsecuencia.

* * *

El problema del trabajo no sólo tiene un valor puramente clasista, sino también nacional; el obrero inglés no tiene que proteger su lugar contra la presión del capitalista, sino contra el obrero inmigrado al país. Podemos afirmar por consiguiente que, en tanto el lugar nacional de trabajo no está asegurado, el problema nacional sobrepasa al problema puramente obrero. En tanto los obreros de una Nación dada no aseguran aún su lugar, el problema del trabajo tiene para ellos un valor más candente que el de la lucha.

De ello se desprende:

1.—Las masas en proceso de proletarización, que recién empezaron a buscar trabajo, en general, no son capaces de adquirir conciencia de clase y son de tendencia exclusivamente nacionalista.

2.—Entre el mismo proletariado culto la conciencia de clase se oscurece mucho por la conciencia nacional, en los casos cuando el proletariado está inclinado a defender su lugar nacional de trabajo.

La continua inmigración de obreros extranjeros a Inglaterra y Estados Unidos y el peligro que ellos implican para el lugar de trabajo inglés o norteamericano, agudizan fuertemente la conciencia nacional de los trabajadores locales. Este es uno de los principales motivos por los que allí el movimiento obrero no salió aún de los marcos del trade-unionismo.

Los marxistas ortodoxos dogmáticos no pudieron explicar hasta ahora el extraño atraso del proletariado inglés y estado-

unidense. Y este hecho les molesta en verdad. Pero lo cierto es que tal cosa, no se relaciona con las relaciones de producción. Y por eso, no lo saben explicar. Para comprenderlo, será necesario analizar las condiciones inglesas y norteamericanas de la vida de producción. Más sincera y profundamente hay que tratar al problema nacional, y es preciso renunciar de una vez por todas a los prejuicios vulgares. Y, por último, deberá comprenderse que la conciencia de clase no podrá desarrollarse normalmente allí donde no se resolvió aún la cuestión nacional, en cualquier forma que exista.

Los investigadores que ignoran el papel de las condiciones de producción, que se ocupan exclusivamente de las relaciones de producción, no son capaces de comprender el problema nacional. No podrá resultarles menos que un secreto indescifrable la siguiente contradicción de la economía capitalista: por un lado se muestra como internacionalista, destruye todas las limitaciones de origen y de pueblos, destroza todas las tradiciones; por el otro, empero, ella misma fortalece la autoconciencia nacional. ¿Cómo es posible que en momentos cuando las sociedades se aproximan económicamente una a la otra, cuando su distanciamiento relativo se desvanece, se agudice la cuestión nacional y se desarrollen los movimientos nacionales? Este es un problema que, cuando el historiador materialista no lo resuelve y en cambio lo elude, tiene que provocarle una maraña de contradicciones.

Karl Kautzky intentó ya varias veces resolver el problema, pero siempre se mantuvo al margen de su concepción materialista del mundo. Pero hay que confesar que en una serie de artículos que escribió sobre la cuestión nacional se aproxima lentamente a la teoría que desarrollamos en el presente trabajo. Y con esta teoría, también resulta clara la respuesta al problema arriba señalado. Cuando tomemos en cuenta que la humanidad está dividida en grupos, que viven en relativamente separadas y distanciadas comunidades y condiciones de producción, comprenderemos que la propia tendencia a ensancharse del capital, gracias a su desarrollo inmanente, debe forzosamente provocar roces entre esos grupos relativamente separados. Una parte de la señalada contradic-

ción es la causa; las otras partes son las consecuencias. Se trata de una de las contradicciones que caracterizan la economía actual.

Hemos explicado que la cuestión nacional, como asimismo la transformación de los pueblos en naciones, es un resultado de la forma capitalista de producción. De ello podría extraerse la conclusión de que la lucha nacional debe desaparecer junto con la lucha de clases. Pero arribar a esto sería extremadamente prematuro.

El investigador serio, asimismo, debe considerar más osada y prematura aún la afirmación de que, junto con las diferencias de clase, desaparecerán también las diferencias nacionales. No nos detendremos en la cuestión, pues la consideramos superflua en estos momentos. En general, se trata de algo muy indefinido y no es posible darle una respuesta categórica. Para nosotros, el problema nacional es un objetivo presente; lo que ocurrirá cien años después —que las naciones subsistan o que se unifiquen todas— es algo que no podemos prever. Hoy en día el problema existe.

* * *

Hemos señalado, en consecuencia, los aspectos clasistas más prominentes y visibles de la cuestión nacional. Ahora, intentaremos destacar su aspecto general en algunos rasgos esenciales.

RESUMEN

En el transcurso de la época feudal, los grupos humanos luchando por su existencia, en distintas comunidades relativamente separadas por sus condiciones de producción, se transformaron en distintos pueblos. La fisonomía y el carácter de cada grupo tienen rasgos relativamente definidos.

Pero en el seno de la economía feudal se desarrolló el ca-

pitalismo, y por su crecimiento se produjo en la vida de producción una doble contradicción material y económica: dado el nivel superior de su desarrollo, las fuerzas productivas, por un lado, dejaron de ser adecuadas para las anquilosadas relaciones de producción feudales; por el otro, las fuerzas productivas en proceso de capitalización ya no se adaptaban al anquilosado sistema de las condiciones de producción, puesto que el orden feudal despedazó los pueblos y sus territorios con innumerables trabas que dificultaban enormemente el desarrollo capitalista.

En general, toda contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción provoca un problema social que se resuelve con la liberación de la clase oprimida. La contradicción de esta especie, que advino en los albores del desarrollo capitalista, fue más que nada sentida por la burguesía, la tercera clase, y ella, la burguesía, asumió la iniciativa de aniquilarla. Logró su meta con la Gran Revolución Francesa.

Toda la contradicción de la segunda especie, es decir, nacida entre las fuerzas productivas cuando bregan por desarrollarse y las condiciones de producción que dificultan ese desarrollo, provoca un problema nacional y sólo se resuelve por la liberación de la nación oprimida. Esta especie de contradicción, que advino en los albores del desarrollo capitalista, se hizo sentir a todas las clases oprimidas de la sociedad de otrora. Gracias a eso, todas las clases oprimidas en tiempos de la Revolución Francesa se sentían una sola Nación, oprimida por las capas «superiores». Nació la creencia de que existe una supuesta armonía nacional común, en cuanto a los intereses; y sólo las clases dominantes de la época estaban excluidas de esa supuesta armonía. Fue cuando apareció el nacionalismo en el sentido actual de la palabra.

El desarrollo de la economía capitalista creó, por consiguiente, el fundamento sobre el que se elaboró la conciencia de integración, en base al pasado histórico común, es decir, en base a las comunes condiciones de la vida de producción. En síntesis: el nacionalismo. El desarrollo transformó los pueblos de antes en las modernas naciones.

El nacionalismo, entonces, no apareció en la política exterior de las clases dominantes, sino en la política interna de las clases oprimidas. Recién más tarde el nacionalismo, en el sentido actual de la palabra, fue trasladado a la política exterior: eso ocurrió cuando advino la cuestión nacional.

En seguida después que el incrementado capital dominó a los señoríos feudales, se advirtió que la ampliación de sus fuerzas productivas se veía molestada no por la situación de las condiciones de producción dentro de las relativamente separadas sociedades, sino por la misma separación relativa de las diferentes condiciones de producción. Cada sociedad, bregando naturalmente por ensanchar las esferas de sus condiciones de producción, choca con las sociedades vecinas que le ofrecen resistencia. El desarrollo de la economía capitalista, por consiguiente, pone en el orden del día la cuestión nacional en el sentido actual de la palabra.

La raíz de la cuestión nacional está en el choque recíproco de los relativamente separados organismos social-económicos. La cuestión nacional se expresa en las manifestaciones de la competencia nacional.

La competencia nacional no surge por alguna maldad egoísta de las clases dominantes. Es resultado de las economías capitalistas que, al desarrollarse, tienen indispensablemente la tendencia a ensancharse.

Sobre la base de esa competencia se crean, entre los hombres interesados en ella, ciertos sentimientos y emociones. Y porque su raíz se encuentra profundamente en la vida económica, la gente imbuida de esos sentimientos cree que ellos, los sentimientos, están libres de toda vinculación con la vida material. No advierten la profunda base económica de los sentimientos y pierden la posibilidad de motivarlos. Creen, en cambio, que son sentimientos puros, sagrados, y que están lejos de todo «materialismo».

En este terreno crecen y se ramifican las más curiosas y complicadas ideologías nacionalistas. Y, debido al antagonismo principista que existe entre la conciencia de clase y la conciencia nacional, tienden a oscurecer la primera y a atemorarla.

La economía capitalista trajo aparejada la cuestión nacional no sólo para la burguesía, sino para todas las clases de la sociedad, porque todas están confundidas de una o de otra manera en la competencia nacional. Para todas tienen un cierto valor una u otra parte del territorio, como base para las condiciones de producción.

Entre los pueblos libres, que no oprimen a nadie y que por nadie son oprimidos, el nacionalismo se encuentra en situación de energía potencial o contenido. Pero en la primera oportunidad propicia la energía pasa a un estado cinético, influyente. Antes que nadie, pierden su equilibrio las clases dominantes. Ellas tienen siempre —y no puede ser de otra manera— la tendencia a conquistar el mercado mundial o a ampliar el mercado interno de consumo. En esos momentos, cuando el equilibrio se pierde, se desatan los sentimientos nacionalistas que, hasta entonces, se mantenían tranquilos y pasivos. Cuando el nacionalismo brota de la tendencia a ensanchar el mercado propio, adopta un carácter agresivo, conscientemente combativo. Recurre para ello a la política de conquista y a la asimilación por la violencia.

Pero el anhelo del proletariado a ampliar su mercado y lugar de trabajo no puede expresarse en una política de conquista. El proletariado y las masas en proceso de proletarianización no tienen, como se sabe, una influencia directa en la política internacional. Su único medio de ensanchar el lugar de trabajo, es la pacífica emigración a países extranjeros.

Y las masas de emigrantes, que extraviadas andan por el mundo en busca de trabajo, no introducen política nacional. El obrero errante, que se ve desalojado de su esfera de condiciones de producción, no se siente ligado profundamente a su hogar. Y de no ser por razones laterales, de no ser por tradiciones de educación o por el parentesco con los que se quedaron en el viejo hogar, en el trabajador emigrante ni se advertirán los tenues síntomas de amor al terruño que a veces se despiertan todavía en él.

Distinto ocurre, empero, con el proletariado de los países hacia donde afluyen los emigrantes. En éstos ya se ve el anhelo de conservar para sí el lugar de trabajo y, junto con eso,

se fortalece la autoconciencia nacional. En el proletariado de una nación libre, ello asume el agudamente combativo y defensivo carácter anti-inmigratorio; en mayor medida la cosa se advierte en el comportamiento y los sentimientos de las masas locales en proceso de proletarización, porque más aún que el proletariado están interesados en que su lugar de trabajo no sea tocado.

Vemos, consecuentemente, en primer término, que para el proletariado la cuestión nacional coincide esencialmente con el problema de emigración e inmigración; en eso se exterioriza el carácter localista del nacionalismo proletario. En segundo lugar, se comprueba que, entre pueblos libres, por nadie oprimidos, el nacionalismo tiene múltiples formas, pues siempre depende de quien lo esgrime: si son las clases dominantes o si son los oprimidos.

Con mucha más claridad se advierte el nacionalismo en los pueblos oprimidos. Ellos, los pueblos oprimidos, siempre se encuentran en su vida de producción sufriendo condiciones anormales, como lo hemos señalado más arriba, en el caso cuando faltan o están reducidos el territorio y sus formas de protección: soberanía política, libertad de lenguas y de desarrollo cultural. Esas condiciones anormales tornan armónicos los intereses para los integrantes de la Nación. Debido a la presión exterior, que dificulta y desorganiza la influencia de las condiciones de producción, estas condiciones y la propia lucha de clases son trabadas en su desarrollo, porque se ve dificultado el camino correcto de la forma de producción. Los antagonismos de clase se ven anormalmente atemperados, y la solidaridad nacional adquiere una fuerza cada vez mayor.

Aparte de que los intereses particulares de cada clase individual se ven dificultados por la presión exterior; aparte de que la burguesía se ve presionada en el mercado y al proletariado le falta la libertad de dominar su lugar, la presión se deja sentir para todos los individuos de la nación, y todos sienten y comprenden que la presión es nacional, que proviene de una nación foránea y que está dirigida contra su nacionalidad, como tal. La lengua, por ejemplo, adquiere en ese

caso un significado muy superior al valor de un simple medio de defensa de un mercado. Cuando la libertad idiomática es avasallada, el oprimido se aferra cada vez al idioma. En resumen: para un pueblo oprimido su problema nacional se desvía grandemente de la vinculación que tiene con su base, con las condiciones materiales de la vida de producción. Las necesidades culturales obtienen un valor independiente y todos los miembros de la nación están interesados en la libertad de autodeterminación nacional.

Sólo durante la lucha por la liberación nacional se pone de manifiesto la estructura de clase y la psiquis clasista. Los grupos del pueblo oprimido más ligados a las tradiciones, son los sectores de la burguesía media y pequeña. Sobre todo los sectores «espirituales» y los terratenientes. Los expertos y campeones de la educación y la literatura nacionales, maestros, escritores, etc., pintan también su tradicionalismo con colores nacionales. Pero los principales luchadores por la liberación nacional son siempre los sectores progresistas del pueblo y de la intelectualidad. Cuando estos sectores están bastante desarrollados, cuando ellos mismos ya se liberaron de los marcos estrechos del tradicionalismo, su nacionalismo adquiere también un carácter puro y real. En esencia, el proceso de liberación no es nacionalista, sino nacional. Y entre los elementos progresistas de una nación oprimida se desenvuelve el nacionalismo real: no sueña con la conservación de las tradiciones, no las añora, no se engaña con la supuesta unidad de la nación, comprende claramente la estructura de clases de la nación, comprende claramente la estructura de clases de la sociedad y no esconde ni ignora los intereses reales de nadie. Su meta es la liberación real, la normalización de sus condiciones y relaciones de producción.

El nacionalismo real, por consiguiente, es el que no oculta la conciencia de clase; se encuentra solo entre los elementos progresistas de las naciones oprimidas. En la clase más progresista, en el proletariado organizado y revolucionario de una nación oprimida, su nacionalismo real se expresa en las exigencias claramente formuladas en su progreso mínimo, y que tienen la explícitamente señalada meta de conseguir, con el

restablecimiento de la nación en condiciones normales de producción, un lugar normal de trabajo y lucha para el proletariado.

Cuando esta meta se alcanza está cumplida la finalidad del nacionalismo real. En lugar de la anterior solidaridad de los intereses nacionales durante ciertos procesos de liberación —una solidaridad forzada y anormal— renace en forma clara una sana estructura de lucha de clases.

LA CUESTION NACIONAL EN LOS ESCRITOS DE BOROJOV

Daniel Ben Najum

INTRODUCCION

En su trabajo «La lucha de clases y la cuestión nacional» se propuso Borojov elaborar una teoría materialista de la cuestión nacional, sin ocuparse, en ningún punto, del problema nacional judío en particular. A pesar de ello, este trabajo surge a través de la lucha interna en el movimiento obrero judío, cumpliendo un papel muy importante en la consolidación del partido Poalei Sión de Rusia (partido obrero judío social-demócrata), el cual sostuvo la solución territorial del problema judío, por medio de «la autonomía territorial sobre bases democráticas» en Eretz Israel. Las tesis desarrolladas en este trabajo sirvieron de plataforma del nuevo partido, y de arma en la discusión con los demás partidos judíos. Aquí Borojov refuta las concepciones erróneas que imperaban entonces en los círculos socialistas, y en particular, dentro de los socialistas judíos, acerca del problema nacional: el *cosmopolitismo*, que niega de raíz la importancia del problema nacional (en especial dentro del círculo de iskristas judíos), y el *culturalismo*, que encuentra la solución en la autonomía cultural exclusivamente, sin necesidad de independencia territorial (el Bund). El análisis de los intereses de las distintas clases que se unen y contraponen en los movimien-

tos de liberación nacional, sirvió a Borojov como base para la independización del sionismo proletario del sionismo burgués, para llegar a la concepción de la liberación nacional del pueblo judío por el camino de la lucha de clases. El pensamiento sionista proletario se desarrolló a través de una lucha enérgica con las distintas corrientes que se extendían entonces dentro del movimiento obrero sionista: con los territorialistas —que no colocaban en el centro de su mira a Eretz Israel—, los autonomistas —que postergaban la realización del sionismo para un futuro lejano— y también con las corrientes economistas y antimarxistas dentro del movimiento obrero judío. Este trabajo apareció en medio del fragor de la lucha revolucionaria de 1905, hora en que en medio del movimiento revolucionario de la Rusia zarista se ponían a prueba concepciones, caminos, consignas; hora en que en las calles pululaban las bandas de la Centuria Negra, enviados del régimen en decadencia, que probaban apagar con sangre de judíos el fuego de la rebelión. En una hora como ésta era imprescindible aclarar la relación entre el problema nacional y la lucha de clases, entre la liberación nacional y el internacionalismo proletario.

La investigación se imprimió en el periódico sionista «Icvréiskaia Yizn» (Vida Judía), en diciembre de 1905, bajo el nombre «Las bases clasistas de la cuestión nacional», en forma de polémica con el artículo del publicista Lubarski, aparecido en el órgano demócrata «Obrazovanie» (Iluminismo) en agosto de 1905. Apareció como cuadernillo en el año 1906, editado por Poalei Sión de Vilna («Haomer»), traducido al idish en forma ampliada y popularizada. Es en esta forma en que este artículo se difunde ampliamente, en varias ediciones y también en distintas lenguas. El estilo inicial estaba adaptado a la prensa sionista legal. Se siente aquí la prudencia en el estilo, sin que pierda claridad y profundidad el análisis. En él, Borojov se dirige a «todas las capas progresistas dentro de la nación oprimida, aquéllas que están dominadas por intereses egoístas».

En las resoluciones de la convención zonal de los poalei-sionistas del distrito de Poltava —que se realizó entre el 19

y 21 de diciembre de 1905—, se analizaron las conclusiones del trabajo de Borojov desde el punto de vista de los intereses de la clase obrera:

«El peso de la opresión nacional cae sobre la clase obrera del pueblo oprimido, impidiendo su desarrollo y debilitando su *base estratégica*. Y éste es el hecho que otorga un matiz especial a la lucha del proletariado de la nación oprimida. Este introduce en su programa los *intereses nacionales*, cuya finalidad es la transformación del estado de la base estratégica que ayude al fortalecimiento de su lucha clasista. La lucha clasista del proletariado de las naciones oprimidas conduce por necesidad histórica a la introducción de párrafos en su programa especialmente dedicados a la liberación nacional.

El *programa maximal* de todo proletariado consciente es la anulación de la propiedad privada, esto es, la socialización de los instrumentos de producción, y la transformación de la sociedad sobre bases socialistas.

El *programa minimal* de toda organización obrera perteneciente a los pueblos oprimidos debe incluir la liberación completa del yugo nacional, dado que sin esta liberación no será posible un uso pleno de la base estratégica para los fines de la lucha contra el capital.

También se explica claramente que «para el proletariado, como clase, el *territorio* constituye parte de su *base estratégica*».

En este trabajo Borojov no agota todos los temas que trata, los cuales son desarrollados posteriormente por él en «Nuestra Plataforma», «La misión de la clase obrera en la realización del territorialismo», «Propuesta de programa para el partido socialdemócrata judío Poalei Sión», «Acerca del problema nacional belga», etc. Borojov pensó escribir un trabajo en el que se desarrolle en forma amplia la cuestión nacional, pero no alcanzó a realizar este propósito. Quedaron en cambio notas introductorias al tema, de las cuales nos ayudaremos para entender los principios de su concepción y sus puntos de partida.

EL PROBLEMA NACIONAL EN EL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL

El artículo «La lucha de clases y la cuestión nacional» figura entre las primeras contribuciones serias y amplias a la teoría marxista de la cuestión nacional. En los escritos de Marx y Engels encontramos únicamente indicaciones sueltas sobre este problema o la posición adoptada frente a problemas nacionales concretos. Posteriormente, la agudización de los conflictos nacionales en los imperios multinacionales, y el surgimiento de la cuestión nacional en los países dependientes y coloniales, comienzan a ocupar la atención de varios partidos de la segunda Internacional, pero éstos no alcanzan a hacer un análisis amplio de este problema, y menos aún, a dar una respuesta revolucionaria al mismo.

Borojov apunta con certeza que «el pensamiento progresista no ha abarcado todavía en toda su magnitud la cuestión nacional, en tanto que la cuestión social ya fue objeto de estudios profundos y prolongados». *

La carencia de una investigación, amplia y profunda, de la cuestión nacional en la época de Marx y Engels, es explicable por la no maduración de las condiciones objetivas que empujaron a ello, una de las cuales —posiblemente de las más importantes— era que las masas trabajadoras de los pueblos oprimidos permanecían aún fuera de los marcos organizativos de los partidos obreros revolucionarios existentes.

Sin embargo la sola lectura de las observaciones dispersas dejadas por Marx y Engels nos muestran ya la falta de fundamentos de la difundida opinión que ellos se opusieron a las aspiraciones nacionales que portaban las masas trabajadoras, y negaron la importancia teórica y práctica del problema. Esta opinión se basa en frases sueltas que fueron arrancadas de sus contextos y despojadas así del sentido que en ellos tenían, tales como la célebre frase «los obreros no tie-

* Nuestra Plataforma, 1906; pág. 90, Editorial Pueblo Judío.

nen patria». Esta frase fue y es muy utilizada por los reaccionarios de todo tipo, que apodaron a los marxistas de «aprendices apátridas», cuando hasta en el mismo Manifiesto se dice todo lo contrario: «Se acusa a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionalidad. Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Como el proletariado de cada país debe en primer lugar conquistar el poder político, erigirse en clase nacionalmente dominante, constituirse en nación, es necesariamente nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués. Abolid la explotación del hombre por el hombre, y habréis abolido la explotación de una nación por otra. Al mismo tiempo que el antagonismo en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de nación en nación». Marx y Engels señalan así que es el régimen el que ha despojado a los obreros de su patria, y que el nacionalismo del proletariado —que es completamente distinto del nacionalismo burgués— está íntimamente ligado con su tendencia revolucionaria.

La posición principista de Marx y Engels —al ser *internacionalista* consecuente— está lejos del *cosmopolitismo*, es decir, de la negación a la existencia de los pueblos débiles y su absorción por los pueblos fuertes, los opresores. «El pueblo que oprime a otros pueblos no puede ser libre», recalcaron en repetidas oportunidades. «La cooperación internacional entre las naciones europeas, sólo será posible cuando cada una de ellas esté en su «casa» y sea completamente independiente». Es conocido su apoyo a los movimientos de liberación polaco e irlandés, a la unión de Italia, Alemania, etc. Su oposición a los movimientos nacionales de los eslavos del Sur y de los checos en Austro-Hungría era consecuencia de los lazos existentes entre estos movimientos y la política del zarismo reaccionario. Y, ciertamente, esta oposición —que surgió de *circunstancias históricas concretas*— no se perpetuó al cambiar éstas posteriormente, mostrando así una vez más la justa *posición principista* del marxismo también en relación a estos pueblos.

A pesar de todo esto, luego de la muerte de Marx y Engels comienzan a difundirse entre sus exegetas (los «discípulo-

los» en el lenguaje de Borojov) las tendencias cosmopolitas, y con razón protesta Borojov al decir que éstos «ocultaron las observaciones de sus maestros». Kautzky —que en su momento fue considerado como uno de los intérpretes más firmes del marxismo— consideraba el problema nacional en nuestra época —época del desarrollo del mercado mundial y el fortalecimiento de las relaciones internacionales— como un asunto cuya importancia decrece continuamente hasta convertirse en un anacronismo. Mucho después escribiría Stalin: «Kautzky, que fue y quedó como un diletante en la cuestión nacional, que no capta la mecánica del desarrollo de las naciones, y que no comprende la poderosa fuerza de cristalización de las naciones; que piensa que la desaparición de las naciones es posible mucho tiempo antes del triunfo del socialismo, y aun dentro del orden democrático-burgués; que alaba sumisamente la asimilación forzada de los checos por parte de los alemanes, proclama irreflexiblemente que los checos están predestinados a desaparecer, que los checos, como nación, no tienen futuro»... *

Era necesario realmente una gran valentía para oponerse en 1905 al sólido marxista Kautzky y decir que «al intentar (Kautzky) resolver este problema (el problema nacional), se aparta una y otra vez de la concepción materialista ** la concepción cosmopolita-principista de Kautzky y otros teóricos de la segunda Internacional, aunque se oponía de palabra a la opresión nacional, significaba de hecho ocultar —y por ende apoyar— la opresión nacional en Europa y las colonias, a pesar de la resolución de la segunda Internacional al respecto (1896). ***

* Borojov, *La lucha de clases y la cuestión nacional*.

** Stalin, *La cuestión nacional y el leninismo*, 1929.

*** Borojov, *La lucha de clases y la cuestión nacional*.

*** N. del T. — Esta resolución dice: «El Congreso declara que está a favor del derecho completo a la autodeterminación de todas las naciones y expresa sus simpatías a los obreros de todo país que sufra actualmente bajo el yugo de un absolutismo militar, nacional o de otro género; el Congreso exhorta a los obreros de todos estos países a ingresar en las filas de los obreros conscientes («Klassenbewusst», de los que tienen conciencia de los intereses de su clase) de todo el mundo, a fin de luchar junto a ellos para vencer al capitalismo internacional y realizar los objetivos de la socialdemocracia internacional».

En el segundo congreso del partido social-demócrata ruso (1903) —en el cual surgió por vez primera la división entre bolcheviques y mencheviques— se aceptó el texto indefinido de Plejanov: «derecho de autodeterminación de todos los pueblos del Imperio zarista». El mismo no era unívoco, y podía considerarse como una concesión de derechos sólo dentro de los límites de la Rusia zarista, de los que se excluía el derecho de separación del Estado. La oposición a la liberación completa del yugo nacional era tema repetido de varios —aparentemente lúcidos— marxistas ortodoxos, como Kautzky y Plejanov. También en el ala izquierda de la social-democracia «se levantaron ideólogos clasistas brillantes que hacían caso omiso de los intereses nacionales, importantes también para su clase». * Rosa Luxemburgo, K. Radek y otros menospreciaron la importancia que tenía la liberación de los pueblos oprimidos para la lucha contra el capitalismo, sosteniendo que «en la era de este desenfrenado imperialismo no puede haber ya ninguna guerra nacional. Los intereses nacionales sirven únicamente como medio de engaño para colocar a las masas populares trabajadoras al servicio de un enemigo mortal: el imperialismo»... (de las tesis del grupo «La Internacional», escritas por Rosa Luxemburgo). Este cosmopolitismo por parte de un grupo numeroso de la izquierda revolucionaria de la socialdemocracia, su desentendimiento del agudo problema nacional en Europa y las colonias, apoyó, en la práctica, al oportunismo falto de principios y al chauvinismo. La falta de una teoría marxista acerca del pueblo, la nación y su desarrollo, permitió la penetración de concepciones idealistas-burguesas en el proletariado. El problema nacional entró en el movimiento obrero, no a través de la puerta ancha de la teoría marxista, sino por la entrada lateral de la grisácea realidad. Este proclamó, con vigor asaz patético, su existencia dentro de las masas trabajadoras de los pueblos oprimidos y su intelectualidad progresista.

Le corresponde a la socialdemocracia austriaca el honor de presentar al movimiento obrero internacional el primer

* Borojov, *La lucha de clases y la cuestión nacional*.

intento de análisis global de la cuestión nacional. Se vieron impulsados a ello por las condiciones particulares del Imperio Austro-Húngaro, destrozado continuamente por conflictos nacionales. El partido social-demócrata austríaco decidió en el Congreso de 1897 (Congreso de Vimberg) constituirse en seis secciones nacionales autónomas —que con el transcurso del tiempo se transformaron en partidos independientes— relacionados entre sí únicamente por débiles vínculos federativos. En su Congreso de Brin (1899) el partido adoptó su programa nacional, consistente en la transformación de Austria en un «estado federado democrático», en base a una autonomía cultural amplia para todos los pueblos del Estado (excepto el judío). Esta autonomía debía ser no sólo regional-territorial, sino también personal, basada en la pertenencia individual de los integrantes de una nación, dispersos en los distintos distritos, a «ligas nacionales con gobierno independiente». El autonomismo nacional que sostuvieron los austríacos se basaba en la suposición de que las naciones pertenecientes al Imperio Austro-Húngaro permanecerían dentro de una unidad estadual. Este autonomismo nacional no pudo, en la práctica, abrirse un camino para la solución revolucionaria del problema nacional, aunque proclamaba formalmente la «igualdad completa de derechos y la supresión de toda opresión».

«Los autonomistas se desatienden completamente —y con ello se alejan del *enfoque materialista*— de la base material del problema nacional del proletariado, viéndolo esencialmente con un problema cultural», escribía Borojov. Ellos colocaban el problema nacional sobre «su cabeza», alejándose así de la lucha de clases revolucionaria.

A. Franztoffer, uno de los primeros combatientes por la igualdad de derechos de las naciones del Imperio (debemos agradecerle la ayuda que dio al movimiento de liberación judío, al publicar en 1898, en su diario «Deutsche Worter», el primer artículo programático del sionismo socialista, fruto de la pluma de N. Sirkin), afirmaba que «no es posible explicar la existencia de las naciones —a diferencia de la existencia del régimen social— basándonos en factores económicos».

K. Renner (Schpringer) —el fundamentador teórico del programa de autonomía nacional— define el concepto de pueblo en su libro «Estado y Nación» (1899), basándose únicamente en signos distintivos espirituales y lingüísticos: «pueblo es un conjunto de personas que piensan y hablan de un modo semejante». Otto Bauer, el principal teórico de los marxistas austro-húngaros, en su libro «La social-democracia y la cuestión nacional», a pesar que no explica la formación de la nación como consecuencia del desarrollo económico, de los cambios de la estructura social y clasista en la sociedad capitalista, y el conflicto nacional en Austria, como consecuencia de la competencia entre la pequeña burguesía y burguesía media de los pueblos oprimidos y la gran burguesía del pueblo dominante, a pesar de ello no llega a adoptar conclusiones político-prácticas, y se ubica tras un programa de «autonomía nacional-personal».

Los marxistas rusos, y en particular los bolcheviques, criticaron completamente este programa, y lo vieron, en particular, inadecuado a las condiciones concretas de Rusia, oponiéndose por principio a la estructura federativa del partido social-demócrata, adoptada por el partido social-demócrata austríaco (en la práctica, el partido social-demócrata ruso reunía en su seno varios partidos nacionales, como los social-demócratas de Polonia y Lituania, el partido social-demócrata de Latvia, el Bund, etc.). Recién, en una época posterior, en los umbrales de la Primera Guerra Mundial y en su curso posterior, aparecieron los artículos teóricos de Lenin y Stalin, que introdujeron un cambio en el enfoque del problema nacional, colocando en un plano destacado el derecho de «separación de las naciones», con el fin de acentuar los vínculos indestructibles entre la liberación de los pueblos oprimidos y la lucha revolucionaria del proletariado. Pero en el año 1905, todavía estaban fuertemente arraigadas las concepciones cosmopolitas dentro de los marxistas rusos.

Si por una parte los austro-marxistas minimizaron la relación existente entre nación y territorio («no existe un vínculo *esencial* entre nación y territorio, si bien es cierto que el principio territorial es la posición última, extrema, de la idea

nacional», K. Ronner), por la otra, los marxistas rusos se alejaron en la dirección opuesta hasta llegar a una identificación de la nación con el territorio en el cual está asentado, lo que condujo a la incomprensión de los problemas de las minorías nacionales, que se formaron en circunstancias históricas complejas y prolongadas.

Esta incomprensión tocó en especial al pueblo judío, que constituía una minoría nacional importante en las regiones occidentales y del suroeste de la Rusia zarista, únicas zonas en las que le estaba permitido residir («zonas de residencia»). En esos distritos constituía del 10 % al 16 % de la población total, siendo mayoría en muchas ciudades y aldeas, y desarrollando una vida social y cultural independiente. «La confusión entre nación y territorio, la negación total a reconocer los derechos nacionales de grupos no-territoriales, éste es el espíritu predominante, en estos momentos, dentro del proletariado ruso en lo que respecta a la cuestión nacional» (Borojov, 1906).

EL PROBLEMA NACIONAL EN LA BURGUESIA Y EN EL MOVIMIENTO OBRERO JUDIO

El portador fundamental del movimiento nacional judío fue, en sus comienzos, la pequeña y media burguesía —la capa amplia de los pequeños propietarios y la intelectualidad joven—, proveniente en su mayoría del *beit-hamidrash*, en la medida en que no había cortado sus vínculos con el pueblo y su cultura propia. Una gran parte de los dirigentes del movimiento nacional del pueblo judío —con su variedad de tendencias— salió de los cuadros asimilacionistas o semi-asimilacionistas, «regresando a su pueblo» bajo la influencia de la agudización del problema judío y su aparición dolorosa en el mundo gentil. El pensamiento nacional de los intelectuales e historiadores judíos más importantes (N. Krojmal, David Luzzatto, Gertz, Smolenskin, Ajad Haam, Dubnow, Kleizner, Buber y otros) estaba impregnado por el sello de la filosofía

burguesa, idealista y positivista en sus distintos matices, que intentaron fusionarse con la herencia cultural judía.

El movimiento obrero judío, desde su aparición en la década del 70 del siglo pasado, a pesar de sus profundas raíces en las vivencias nacionales populares, agitó consignas cosmopolitas («la cuestión judía se resuelve a través de la solución de la cuestión social en general», A. Liberman), en concordancia con las concepciones dominantes entonces en el socialismo internacional.

La inteligencia judía, que afluía a los partidos socialistas y radicales, se despojó de toda relación con el pueblo judío. Si bien es cierto que prestó grandes servicios a la causa del movimiento obrero en muchos países europeos, también es cierto que desvió sus ojos del crecimiento del proletariado judío y de la vida oprimente e insoportable de las masas de su pueblo. Este hecho se explica a través de la extracción social de esta capa tan capaz y activa. La aguda observación de N. Sirkin nos ayuda: «el socialismo era el último refugio, algo así como un albergue... para la burguesía judía asimilacionista, después de haber sido rechazada por el liberalismo»... Apoyándose en las consignas cosmopolitas vulgares, muchos marxistas judíos luchaban también contra toda aparición de despertar nacional dentro del pueblo judío, con el argumento que «el nacionalismo judío, como corriente burguesa, lo aleja (al pueblo judío) del socialismo»; y hasta se opusieron al «aislamiento» de los obreros judíos en partidos judíos.

Pero este «aislamiento» no era consecuencia de concepciones nacionalistas. El primer partido obrero judío, el Bund, estaba lejos al principio de toda relación positiva hacia el nacionalismo judío. El «aislamiento» no era sino fruto de las condiciones objetivas. Los obreros judíos que intervinieron activamente en el movimiento revolucionario en la Rusia zarista y en la formación del partido social-demócrata ruso, se diferenciaban no solamente por su lengua, cultura y forma de vida, sino también por sus condiciones de producción, por las condiciones en que libraban su lucha de clases, de los obreros rusos, polacos, etc.; y necesariamente tuvieron que orga-

nizarse en organizaciones separadas. El proletariado judío de las ciudades y poblados de la zona de residencia judía, así como también el de Galitzia, Rumania y de los «ghettos» de las ciudades de Europa Occidental y América, era en su mayoría aplastante un proletariado manufacturero, y este hecho puso un sello especial sobre el movimiento obrero judío en la diáspora, su carácter y desarrollo. «El espíritu de lucha del proletariado judío y su conciencia de clase no se templó en las profundidades de las minas, en el horno de fundición ardiente o en una máquina locomotora. En el taller ruín y oprimiente, sentado en el bajo taburete al lado de la humilde mesa de trabajo nacieron sus anhelos. No en el hollín de la fábrica y en su tumulto se templó su cuerpo, sino en la ceniza de las lámparas de petróleo» (Borojov, *La crónica de los obreros judíos*).

El obrero judío no sufría solamente de la explotación clasi-sista —cuya carga incide especialmente sobre los obreros manufactureros y de la pequeña industria—, sino también de la opresión nacional, de la falta de derechos ciudadanos (en la Rusia zarista, en Rumania, etc.), del boicot económico, de los pogromes. Hasta el año 1901 el Bund no había presentado ninguna exigencia específicamente nacional, a excepción de la igualdad de derechos ciudadanos. Sus dirigentes —provenientes en su mayoría de la intelectualidad judía asimilacionista— se oponían a la elevación de tales exigencias y luchaban, al mismo tiempo, acerbamente contra el sionismo. Sin embargo, la presión de las masas trabajadoras, la polémica constante con los grupos obreros sionistas que comenzaban a crecer y extenderse, y el desarrollo ideológico del movimiento obrero internacional, lo obligan poco a poco a variar su relación con el problema nacional. Del cosmopolitismo, los dirigentes del Bund pasan a un «neutralismo» en la cuestión nacional («Nosotros no nos oponemos al proceso asimilatorio, pero tampoco le ayudaremos. En esta cuestión no intervenimos, somos neutrales», V. Medem); y de él a una relación positiva hacia el nacionalismo judío. Al cultivo de la cultura judía.

En el año 1901 el Bund resuelve que «el concepto de na-

cionalidad es asignable también al pueblo judío; y desde entonces ve en el idioma idish —hablado por los judíos de Europa Oriental, y por medio del cual había llegado con su propaganda y prensa a las masas judías— al idioma nacional judío, cuidando devotamente su literatura y cultura. En 1905 adopta el Bund para sí, el programa de la autonomía nacional-cultural, y lucha por su reconocimiento dentro del movimiento obrero ruso. Pero de esta manera el Bund se desliga de toda tendencia *territorialista*. Sostiene solamente un nacionalismo cultural, extraterritorial. El destacado bundista V. Medem escribe entonces: «Por desgracia, la *autonomía territorial* como respuesta al problema nacional, era hasta ahora una consigna mucho más aceptada que la *autonomía nacional*. Esto es una consecuencia de la errónea tradición del territorialismo, que fue trasladada al campo de la cuestión nacional. Debemos desembarazarnos de esta tradición» (V. Medem, *La cuestión nacional y la social-democracia*, 1904).

CONTRA EL COSMOPOLITISMO Y AUTONOMISMO

Para fundamentar, desde el punto de vista marxista, el sionismo obrero, era necesario —y esta necesidad aún existe en la actualidad— imponerse sobre las dos concepciones erradas que predominaban entonces en el movimiento obrero internacional y en el judío en particular: el *cosmopolitismo* —que agitaba la bandera de la asimilación de los pueblos débiles, y de los judíos en particular— y el *autonomismo cultural*. Más aún: era necesario construir una teoría marxista correcta acerca del problema nacional en general y su relación con la lucha de clases. Borojov tomó sobre sí este trabajo.

Borojov explicó la oposición existente entre el cosmopolitismo y los intereses de la clase obrera y su lucha revolucionaria, y la falta de sentido de la oposición de los socialistas judíos asimilacionistas al movimiento de liberación nacional judío: «Desde el momento en que el revolucionario conoce la tendencia de desarrollo de la historia, está en la

obligación de serle consecuente. Desde el momento en que hemos llegado a comprender la tendencia decisiva de la dinámica judía orientada hacia la consolidación del pueblo judío y hacia la nacionalización de la vida judía, debemos renunciar a las tradiciones *cosmopolitas* del pensamiento proletario inmaduro para formular en su lugar exigencias nacionales verdaderamente revolucionarias».*

Y ¿cuál es la respuesta revolucionaria al problema nacional? Aquí Borojov se dirige contra la concepción nacional-cultural del Bund: «para conseguir una respuesta revolucionaria al problema nacional, es preciso analizar, previamente, no sólo las *consecuencias externas y visibles* del conflicto nacional, como hace el Bund, sino también sus *causas* internas y ocultas. Para ello es preciso superar sus manifestaciones cultural-espirituales y penetrar en las profundidades de su «base» económica. Y aquí los teóricos bundistas traicionan sus propios principios materialistas. Para un social-demócrata consecuente es imperdonable interpretar un fenómeno tan complejo y profundo como el de la nacionalidad, exclusivamente en términos de cultura espiritual. Resulta sencillamente asombrosa la idea que el conflicto nacional se origina únicamente en el terreno del idioma y de la educación. Fenómenos tales como los de la expulsión de los campesinos irlandeses de sus tierras por los ingleses, de la opresión de los aldeanos polacos de Silesia y Poznanía por los Junkers alemanes, del desamparo jurídico de los judíos, de los boicots y las matanzas, y de las mil y una formas de la opresión económica de los grupos nacionales, son acaso todos «problemas del idioma, de la educación y de la cultura en general»? Y ¿cómo no sonreír ante la panacea de la autonomía nacional como solución a estos problemas?»**

Borojov no niega la autonomía nacional para los judíos en la diáspora. Llega hasta a apoyarla en su momento, pero no ve en ella *la solución* del problema nacional judío.

Borojov explica el hecho que «ante la opresión exterior

* Nuestra Plataforma, pág. 106.

** Nuestra Plataforma, pág. 107.

—léase «opresión nacional»— se frene también el desarrollo de las relaciones de producción y el desarrollo de la lucha de clases». Es por ello que el proletariado está interesado no solamente en sus derechos culturales sino también en la «creación de *condiciones materiales reales*, necesarias para la *libertad real* de la autodeterminación nacional». *

No es difícil descubrir en estas palabras una semejanza sorprendente con las conclusiones a que arribarían unos años después los maestros del marxismo revolucionario, acerca del problema nacional en general.

LA BASE ECONOMICA DEL PROBLEMA NACIONAL

A pesar de ello se destaca nítidamente el enfrentamiento entre ellos en lo que respecta justamente al problema judío. Lenin, Stalin y otros —en distintas formas— adoptaron, para el pueblo judío, las conclusiones cosmopolitas de Kautzky —acerca de la asimilación de los pueblos débiles— y las conclusiones del austro-marxismo y los bundistas —en lo que respecta únicamente al nacionalismo cultural—, conclusiones que habían rechazado con energía para otros pueblos.

¿Por qué? No nos detendremos aquí en las raíces históricas de este enfrentamiento ideológico, sino en su fundamentación teórica.

Los pensadores marxistas tendieron —como ya habíamos dicho— a identificar la base económica de la nacionalidad con el territorio: «La nación sólo se forma como resultado de un conjunto de relaciones duraderas y regulares, como resultado de una vida en común de los hombres, de generación en generación. Y esta vida duradera conjunta no es posible sin un territorio común.» ** También Borojov —que sostiene una solución territorial para el pueblo judío— ve en el territorio

* Borojov, *La lucha de clases y la cuestión nacional*.

** Stalin. *El marxismo y la cuestión nacional*, 1913; Editorial Lautaro, pág. 13.

la base positiva y normal para el desarrollo de una nación: «La condición más general de la producción, que contiene y sirve de base a todas las condiciones internas, es el *territorio* sobre el que vive el grupo social. El territorio es, pues, la base positiva de toda existencia nacional propia.» **

El territorio no es un privilegio de las naciones capitalistas solamente. Constituyó la base sobre la cual se fueron formando los pueblos en los regímenes sociales anteriores; pueblos que luego pasaron a ser naciones capitalistas modernas, y que después de la revolución se constituirán —sobre esta misma base (el territorio)— en naciones socialistas, a través de la desaparición de las clases, que las dividen internamente o introducen una honda fisura incluso en sus culturas nacionales.

Todo pueblo se formó a partir de una relación con el territorio común y a través de determinadas relaciones de producción enmarcadas en el territorio. Pero ya con anterioridad al surgimiento del régimen capitalista, grandes masas de un pueblo suelen —a menudo— ser arrancadas de su tierra en contra de su voluntad y arrojadas a países extraños. En general se integran a los pueblos de estos países, pero en algunos casos prosiguen su existencia como grupos diferenciados, por su lenguaje, costumbres, religión (en muchos casos esta última se convierte «en signo distintivo» que fortalece la unidad nacional, como es el caso de los judíos, armenios, griegos, irlandeses, etc.). El desarrollo capitalista, las migraciones, el pasaje del campo a la ciudad, la creciente competencia nacional, crea y agudiza el problema de las minorías nacionales, esto es, de los pueblos que residen junto a otros mayoritarios en un mismo territorio. Muchas minorías nacionales quedan fuertemente ligadas a su pueblo de origen. No nos debe asombrar que Borojov se haya ocupado especialmente del problema de las minorías nacionales, al ser él hijo del pueblo judío, pueblo que hasta hace poco tiempo constituía una minoría nacional en todos los países en que residía.

¿Acaso el problema de las minorías nacionales es funda-

** Nuestra Plataforma, pág. 61.

mentalmente un problema cultural-espiritual, sin ninguna base económica? Como habíamos visto, eso era lo que pensaba el Bund. Pero tampoco los adversarios del Bund —en lo que respecta al problema nacional— negaron este enfoque; no profundizaron en este problema como para llegar a ver las causas de la conservación de las minorías nacionales en el campo de la vida económica. Así escribe Stalin: «Podemos representarnos un conjunto de hombres con comunidad de territorio y de vida económica, y, no obstante, no formarán una nación si entre ellos no existe una comunidad de idioma y de «carácter nacional». Tal acontece, por ejemplo, con los alemanes y los letones en la región del Báltico». Y también agrega que los judíos «viven una vida económica y política común con los pueblos en los cuales residen; y si en ellos queda algo en común, es la religión, su origen común y algunos vestigios de carácter nacional». *

Evidentemente, es un error pensar que únicamente la religión liga a los judíos de los distintos países. Muchos judíos que no son religiosos están unidos al pueblo judío, y tampoco la cultura nacional que creó el pueblo judío en los países de su dispersión, se reduce a una creación meramente religiosa. Por otra parte, en el transcurso de los últimos cien años surgió dentro del pueblo judío un vigoroso movimiento nacional, que Stalin ignoró o no lo valorizó en su justa medida.

Pero lo fundamental del problema, ¿acaso se pueden conservar la comunidad de idioma y de carácter nacional a través de un largo período histórico, sin que exista cierta base económica para ello? ¿Acaso las diferencias entre los letones, ucranianos, bielorrusos, lituanos, radicaban sólo en «la cultura y el carácter nacional»? Evidentemente no es así. Estas diferencias tenían una base profunda también en la vida económica, en la producción. En Letonia, por ejemplo, los alemanes constituían la clase de los terratenientes y los «barones», que oprimía salvajemente —en el transcurso de varios siglos— a los campesinos letones. Una función semejante cum-

* Stalin, *El marxismo y la cuestión nacional*, págs. 15 y 18, respectivamente.

plían los terratenientes alemanes y húngaros en relación a los varios pueblos eslavos existentes dentro del Imperio Austro-Húngaro. En estos casos es difícil hablar de *vida económica y social* comunes a ambos pueblos, a pesar de estar ambos comprendidos dentro de una misma unidad territorial. En estos casos es evidente que los enfrentamientos clasistas fortalecen y hacen cristalizar las diferencias nacionales. La explotación nacional inflama el odio nacional, en el caso en que «los grupos nacionales que forman parte de un mismo organismo económico representan al mismo tiempo a dos clases sociales distintas». * «Tal situación existe, por ejemplo, entre los terratenientes alemanes y los campesinos letones, en el Báltico; entre los polacos y rutones, en Galitzia; entre los británicos e irlandeses, en Irlanda; entre los capitalistas y burocratas ingleses en la India, por un lado, y los campesinos y obreros hindúes, por el otro». **

Borojov acentúa que «la explotación nacional no se diferencia del fenómeno de la explotación de clase» excepto en que «las clases contendientes pertenecen a nacionalidades distintas». ***

EXPLOTACION NACIONAL Y COMPETENCIA NACIONAL

La *explotación nacional* no agota el conjunto de los problemas nacionales y tampoco es la forma típica de aparición de los mismos. Los judíos en los países de su dispersión no constituyen una *clase* única, una clase dominante, como suelen decir los antisemitas. Ellos están divididos en clases, la gran burguesía, la pequeña burguesía y los profesionales, el proletariado. Pero por otra parte no están representados en forma equitativa en todas las ramas de la economía. Sobre este punto también se detiene Stalin en su artículo «el mar-

* Nuestra Plataforma, pág. 63.

** Nuestra Plataforma, pág. 63.

*** Nuestra Plataforma, pág. 64.

xismo y la cuestión nacional»: «La explicación extensa y estable vinculada con la tierra, que sirva de un modo natural a la nación, no sólo de osamenta, sino también de mercado «nacional». De los 5 ó 6 millones de judíos rusos, sólo un 3 % o 4 % se hallan vinculados de un modo o de otro a la agricultura. El 96 % restante viven del comercio, de la industria, trabajan en las instituciones urbanas, y, en general, viven en las ciudades, y demás diseminados por toda Rusia, sin que tengan mayoría ni en una sola provincia. De este modo, incrustados como minorías nacionales en territorios de distinta nacionalidad, los judíos sirven principalmente a naciones «ajenas» como industriales y comerciantes, y como miembros de profesiones liberales, adaptándose naturalmente a las «naciones ajenas» en cuanto al idioma, etc.» *

Borojov, que analizó amplia y profundamente la específica estructura económica y profesional de los judíos en los distintos países, llega en general a la misma conclusión: «en la economía de los judíos ocupa un lugar asaz pequeño la tierra. Están casi completamente ausentes en las ramas primarias de la economía: en la agricultura, minería, industria pesada, comunicaciones, etc. Su vida de producción es completamente distinta de las de sus vecinos que residen en el mismo lugar. La estructura económica de los judíos es típica de todo pueblo errante, carente de fuerza política, que se ve obligado a penetrar en la economía de un organismo nacional ajeno y ocupar en él lugares específicos, no ocupados por otros. Esta estructura socio-económica específica fortalece su aislamiento e impide su integración en los lugares en que está concentrado masivamente. Aún más: crea (esa estructura) el *conflicto* nacional en los países en que están radicados» (Borojov).

También el pensamiento teórico de Stalin conduce necesariamente a esta conclusión: «La lucha comenzó y se extendió en rigor, no entre las naciones en su conjunto, sino entre las clases dirigentes de las naciones dominantes y de las naciones postergadas. La lucha la realizan, generalmente, la pe-

* Stalin, El marxismo y la cuestión nacional, pág. 48.

queña burguesía urbana de la nación oprimida contra la gran burguesía de la nación dominante. El problema fundamental para la joven burguesía es el mercado. Dar salida a sus mercancías y salir vencedora en su competencia con la burguesía de otra nacionalidad: de ahí su objetivo. De aquí su deseo de asegurarse «su» propio mercado nacional».*

¿Acaso la pequeña burguesía judía está libre de la competencia nacional por el mercado? ¡Claro que no! La competencia nacional entre la burguesía de la nación oprimida y la burguesía de la nación opresora se lleva a cabo a veces dentro de los marcos de un mismo territorio, las mismas ciudades y poblados. Stalin trae el ejemplo del conflicto entre los checos y alemanes. Y, justamente, la pequeña burguesía judía sufre de esta competencia mucho más aún, pues a diferencia de la burguesía de los pueblos territoriales su lucha es estéril, dado que no posee un mercado «propio» en el cual puede apoyarse. Desde el punto de vista económico-político es mucho más débil que el resto de las pequeño-burguesías de los demás pueblos. «Todo el peso agobiador de la competencia nacional, del desamparo jurídico judío, del aislamiento y del boicot social espontáneo y organizado, recae sobre los hombros de la pequeña burguesía judía. Además del desalojo y de la ruina económica —que constituyen fenómenos comunes a toda burguesía dentro del régimen capitalista—, se agrega en el caso de la pequeña burguesía judía, su incapacidad para resistir los embates de la competencia nacional, por lo que es arruinada más rápida y radicalmente que la pequeña burguesía de cualquier otro pueblo».**

Stalin —un georgiano— nos muestra un ejemplo patente de su propia patria, que atestigua que el conflicto nacional dentro de un mismo territorio adquiere una forma mucho más aguda que el conflicto entre una nación territorial y conquistadores *externos*: «si en Georgia, por ejemplo, no hay un nacionalismo anti-ruso más o menos serio, es sobre todo porque allí no hay terratenientes rusos ni una gran burguesía

* Stalin, El marxismo y la cuestión nacional, pág. 22.

** Nuestra Plataforma, pág. 74.

rusa que pudiera alimentar este nacionalismo en las masas. En Georgia hay un *nacionalismo antiarmenio* y es porque allí existe todavía una gran burguesía armenia, que, al asestar sus golpes contra la pequeña burguesía georgiana, todavía no consolidada, empuja a ésta al nacionalismo antiarmenio». * Es decir, el problema nacional de las minorías extraterritoriales —no conformadas por elementos de naciones dominantes— no es la explotación nacional sino la *competencia nacional*.

Si colocamos en lugar de Georgia, los distintos países de Europa Central y Oriental, y en lugar de los armenios a los judíos, tendremos una visión clara de la tragedia judía, cuyo fin fue luego tan terrible.

Borojov fue el primero que explicó el problema nacional judío de nuestro tiempo, como la consecuencia de las *condiciones de la vida económica de los judíos*. Estas condiciones —fruto de circunstancias históricas específicas, producto de la extraterritorialidad del pueblo judío— limitan continua e ininterrumpidamente la actividad económica de los judíos al marco de las *últimas etapas del proceso productivo*; y son éstas —las condiciones de su vida económica— las que crean el problema nacional, que se agudiza junto con el crecimiento de la *competencia nacional* en el régimen capitalista, y especialmente en su última etapa: el capitalismo monopolista. De esta manera, Borojov y sus compañeros de lucha despojaron completamente al problema judío de su velo místico y metafísico, ubicándolo en el campo de la ciencia, de la vida concreta y real.

Las condiciones de producción específicas del pueblo judío constituyen la «base» de la cuestión nacional judía.

TEORIA GENERAL DE LA CUESTION NACIONAL

De este análisis se desprende una conclusión teórica general: así como no es posible desvincular al problema nacional del *territorio*, que es la base *normal* para una vida nacio-

* Stalin, El marxismo y la cuestión nacional, pág. 24.

nal común, y la *única* base para una real independencia nacional, así tampoco se puede considerar el problema nacional como un asunto entre pueblos asentados en sus respectivos territorios. La realidad concreta es mucho más compleja que esta suposición simplista. Los enfrentamientos y conflictos que llegan a expresarse bajo la forma de un problema nacional se hallan no sólo en las relaciones entre naciones territoriales y sus opresores *externos*. Como ya hemos visto también en el artículo de Stalin «El marxismo y la cuestión nacional», sus fenómenos sociales concretos (del problema nacional) —la *explotación nacional* y la *competencia nacional*— llegan a su máxima agudización justamente entre pueblos asentados por generaciones en un mismo territorio, en las relaciones entre el pueblo mayoritario y el pueblo minoritario, que se diferencian uno del otro en las *condiciones de producción*, en las condiciones de su vida económica. Justamente, varios de los problemas nacionales más difíciles de nuestro tiempo —el problema judío, el problema armenio, el problema de los negros de EE. UU., la opresión y miseria de los negros e hindúes de Sudáfrica, etc.— aparecen en las relaciones entre pueblos y razas que habitan el mismo territorio.

La conclusión teórica general que surge de aquí es que la base general del problema nacional la constituyen las *condiciones de producción específica* que diferencian a los distintos grupos nacionales.

Normalmente, la separación de las condiciones de producción va unida a la existencia de la base positiva: un territorio nacional propio. En las minorías «anormales» y, en especial, en los pueblos carentes de territorio (un pueblo de este tipo era hasta hace poco el pueblo judío), el aislamiento del medio, la estructura socio-económica distinta —que cristaliza durante el desarrollo histórico en periodos y regímenes anteriores, y que se consolida más aún en el régimen capitalista— constituye las «condiciones de producción nacionales» específicas, y crea la «base» para el desarrollo social y cultural específico de ella (la minoría «anormal» o el pueblo extraterritorial). Las leyes que provocan, en el régimen capitalista, los problemas y conflictos nacionales —despertando así a los

movimientos nacionales—, actúan también aquí, si bien estos grupos nacionales carecen de la base normal, territorial, de la hacienda nacional propia.

Las condiciones de producción de un pueblo extraterritorial son anormales, provocan fenómenos complicados y difíciles en su interior y fuera de él, y frenan el desarrollo de sus fuerzas productivas dificultando la lucha de clases; es decir: su influencia (de sus condiciones de producción) es análoga a la influencia de la opresión nacional sobre los pueblos territoriales, pero más agudizada aún.

Llegamos así —a través de la investigación de un caso especial, el caso «anormal»— al descubrimiento de la ley general, a la teoría general del problema nacional: la teoría de las «condiciones de producción nacionales». Así es el camino de la ciencia: gracias a que tropieza con un fenómeno que «se sale de lo normal», descubre la ley más profunda, que se oculta tras todos los fenómenos de este tipo.

LA CLASE OBRERA Y LAS CONDICIONES DE PRODUCCION NACIONALES

Pero —se preguntará alguno—, ¿qué le importa al proletariado esta competencia nacional entre la burguesía «extranjera» y «su» burguesía? ¿Qué relación existe entre el proletariado y el movimiento nacional que crece sobre la base de esta competencia? Borojov responde a esta pregunta: «si bien es cierto que la clase obrera —como *clase para sí*— está lejos de la competencia nacional, a pesar de ello, ésta puede llegar a influir sensiblemente sobre sus intereses». * El proletariado del pueblo opresor con conciencia de clase, no es socio en la opresión nacional, pero ello no quita en absoluto que el proletariado de los pueblos oprimidos no sufran de ella. La competencia nacional estrecha violentamente el *lugar*

* Nuestra Plataforma, pág. 96.

de trabajo del proletariado del pueblo oprimido, limitando gravemente la *base estratégica* para su lucha de clases. Los obreros y las masas proletarizantes —carentes de conciencia de clase— son arrastrados hacia una competencia nacional por la posesión del *mercado de trabajo*. Stalin destaca en su investigación «los enfrentamientos, cada vez más frecuentes, entre los obreros judíos y polacos, debido a la falta de trabajo». Critica acremente a los bundistas que, como reacción a «la oposición de los obreros polacos a permitir la entrada de los judíos a la industria, éstos, a su vez, les impidieran su acceso a los telares manuales»...

Los hechos, tal como nos los muestra Stalin, nos indican de paso la *particular* situación trágica del obrero judío: «está sentenciado a arrastrarse por las últimas etapas del proceso productivo, en la producción de bienes de consumo, y no desempeña ninguna función importante en ninguno de los estadios superiores del proceso productivo» (Borojov). El camino a la gran industria —que une las fuerzas de la clase obrera, que la eleva a un grado de organización y de lucha superiores— está cerrado ante él casi completamente. Este hecho hace resaltar la relación existente entre la situación de la clase obrera judía, y las «condiciones de producción nacionales» de su pueblo. Estas condiciones dificultan el desarrollo y la lucha de clases del proletariado judío.

El triunfo de la gran industria sobre la manufactura —que vigoriza a la clase obrera de los pueblos normales, territoriales—, derriba la posición del proletariado judío y lo devuelve, contra su voluntad, en su gran mayoría, al seno de la pequeña burguesía pauperizante y al ejército de desocupados. La opresión nacional lo arroja masivamente a los países americanos y a Europa Occidental. Pero también aquí «los persigue la misma competencia nacional, y nuevamente consiguen sólo acceder a los estadios más inferiores de la producción, esto es, a la producción de bienes de consumo» (Borojov). Por último, la competencia nacional en su forma fascista —que expulsa a los judíos de todas las ramas de la economía y, por último, los despoja hasta de su propia vida— tampoco pasó de largo frente al proletariado judío.

El obrero de un pueblo extraterritorial no se halla entonces fuera de las condiciones de producción nacionales de su pueblo, sino que, al contrario, éstas lo oprimen aún más que a las demás clases.

Es enorme en este sentido la diferencia entre el proletariado judío y el ruso. «Al finalizar la década del 70 en Rusia, el número de obreros ocupados en las grandes fábricas, en las minas y en los ferrocarriles —en 50 distritos de la Rusia europea únicamente— alcanzaba la cifra de 2.202.000, y en toda Rusia llegaba a 2.792.000. Este era esencialmente un *proletariado industrial* nuevo que se caracterizaba por su concentración en las *grandes empresas capitalistas* (Historia del P. C. de la Unión Soviética). Sin embargo, entre los obreros judíos —si bien estaban más adelantados, organizativamente, que los obreros rusos— sólo un porcentaje despreciable (0,5 %) se encontraba en las grandes empresas (frente al 40 % en toda Rusia). De los 292.000 obreros industriales judíos, 242.000 trabajaban en la pequeña industria, y de ellos, su mayoría en las ramas de la confección y el cuero.

La estructura del proletariado judío en la diáspora y su «base estratégica», no variaron esencialmente hasta nuestros días; más aún, empeoraron. A los obreros de la pequeña industria, se agregaron ahora los trabajadores de «cuello duro» y los distintos tipos de empleados, que forman la mayoría del proletariado judío en todos los países, excepto en Israel.

Borojov puntualiza que «el proletariado como base, excluye la competencia entre los obreros por el lugar de trabajo, e impone la solidaridad de clase en la lucha contra el capital». * «Esto no significa, empero, que la cuestión nacional se plantea ante el proletariado en forma menos aguda que ante las demás clases de la nación». ** El proletariado está obligado a resolver esta cuestión de un modo revolucionario, mediante la normalización de las condiciones de producción nacionales del proletariado y del pueblo todo.

* Nuestra Plataforma, pág. 95.

** Nuestra Plataforma, pág. 96.

SOLUCION AL PROBLEMA DE LAS MINORIAS NACIONALES

¿Cómo encaraba Borojov la solución a los problemas de las minorías nacionales? El planteo de este problema y su correspondiente solución no es abstracto, sino que depende del análisis de cada caso real concreto. No existe una solución única para todas las minorías nacionales, al ser sus características y problemas muy diversos.

En sus «Bosquejos acerca del problema nacional» Borojov señala la tendencia a la *territorialización de las naciones*, que corre pareja con la tendencia a la concentración de la producción, así como también la tendencia a la desaparición paulatina de las minorías nacionales *comunes*, que no se diferencian sensiblemente del pueblo mayoritario en su estructura económico-profesional. La desaparición de la opresión nacional y el otorgamiento de una libertad completa para su desarrollo cultural no van a frenar el proceso de integración de tales minorías, sino que, al contrario, lo acelerará aún más; pues justamente esta opresión nacional era la que la mantenía unida y vinculada con el resto de su pueblo, asentado en su territorio nacional propio.

Sin embargo, este proceso de integración *completa* está cerrado para aquellas minorías de pueblos extraterritoriales que poseen una estructura económica específica (los judíos son el ejemplo más destacado en este sentido). El camino de tales minorías es necesariamente la *concentración territorial* en su patria histórica. Y realmente siguieron este camino —amén de los judíos— también otros pueblos: armenios, griegos, polacos, etc. Las conclusiones realistas de Borojov se enfrentan posiblemente con los deseos de los judíos nacionalistas, que no están dispuestos a que quede en la diáspora ni un solo integrante de nuestro pueblo: «en la medida en que se vaya cumpliendo la concentración territorial del pueblo judío en Israel, en esa medida también, el resto disperso en la diás-

pora se irá acercando al tipo de una minoría nacional común, y como ésta, se irá integrando a los pueblos circundantes» (Borojov, «Bosquejos acerca del problema nacional»). Está de más señalar que el proceso de concentración territorial del pueblo judío está todavía en sus comienzos y, por ende, esta hipótesis teórica de Borojov pertenece aún al futuro.

Para un futuro aún más lejano —en concordancia con las concepciones de los padres del marxismo —prevé Borojov la fusión de los pueblos territoriales en una sola unidad: «la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción no hace desaparecer conjuntamente la división en naciones de la humanidad. Pero con el transcurso del tiempo, con la prosecución de la concentración de la producción, desaparecerá también la propiedad colectiva *separada* sobre las condiciones de producción, y en una perspectiva mucho más lejana aún podemos vislumbrar la fusión de las naciones».

LA VALIDEZ GENERAL DE LA TEORIA DE LAS CONDICIONES DE PRODUCCION

Es muy posible que Borojov haya llegado a la teoría de las condiciones de producción —o de las condiciones nacionales de la vida de producción— a través de una investigación profunda de las condiciones de producción anormales del pueblo judío, pero dedujo de aquí, que sólo es utilizable para el estudio de los problemas nacionales «anormales» de los pueblos extraterritoriales de las minorías nacionales, es erróneo. El valor científico de esta teoría radica justamente en su *generalidad*, al abarcar el conjunto de los problemas y sus bases clasistas. Al llegar al denominador común —a la raíz social de los conflictos nacionales y de los movimientos nacionales— explica también los fenómenos «anormales». Esta teoría analiza el desarrollo de la nacionalidad normal, es decir, de los pueblos territoriales, y no hace hincapié en absoluto

en el problema judío particular, al cual Borojov le dedica otros trabajos.

Las condiciones de producción no son otra cosa que el conjunto de las condiciones, circunstancias naturales e históricas, en las cuales se lleva a cabo la vida social y la producción social. Sobre la base de estas condiciones se separan los pueblos uno del otro. «Un grupo social que se desarrolló en condiciones de producción comunes se llama comúnmente pueblo», señala Borojov. En las resoluciones de Poltava —redactadas por él— se precisaron estas definiciones: «la humanidad se divide en sociedades (pueblos y naciones), y éstas a su vez en clases. Los pueblos se diferencian uno del otro, debido a que se formaron y desarrollaron en conjuntos distintos de condiciones de producción de la vida social, y las clases se distinguen una de la otra según su participación en el *modo* de producción». Las condiciones de producción (condiciones de la vida de producción) son comunes, generalmente, a todas las clases de una nación, debido a que el mismo proceso productivo es común y no está dividido según las distintas clases. Los *intereses* de las distintas clases son diferentes y hasta antagónicos entre sí, según su participación en el *modo de producción* y su relación con los medios de producción. También «los intereses *nacionales* de las distintas clases de una nación son diferentes, y solamente en casos particulares —debido a condiciones particulares— coincidirá el contenido de los intereses nacionales de todas las clases, o de algunas de ellas».

Borojov distingue entre las condiciones de producción naturales (físico-climáticas, geográficas, antropológicas) y las condiciones de producción históricas «que se crean durante el proceso productivo, pero que llegan a tener una influencia relativamente independiente».

Las condiciones de producción históricas se dividen a su vez en dos tipos: condiciones *internas* —que se crean en una determinada sociedad— y *externas*, que se forman en el contacto y relaciones con otros grupos sociales, como en el caso de una opresión nacional.

«En los albores de la historia —del conjunto de las con-

diciones de la vida de producción— se destacaban e influían especialmente las condiciones de producción naturales (físico-climáticas, geográficas, etc.). Con el transcurso del tiempo, con el desarrollo de la técnica, creció la influencia de las condiciones sociales (históricas) internas y externas, y, ciertamente, de estas condiciones depende el estado actual de las relaciones de producción dentro de un grupo social determinado, y, también, su posición respecto a los demás grupos sociales circundantes» (Propuesta para el programa del partido socialdemócrata judío Poalei Sión).

Las condiciones de producción se dividen también en materiales y «espirituales». Las materiales son «el territorio y todas las creaciones culturales materiales del hombre». De aquí se deduce que las condiciones materiales son en parte naturales, y en parte históricas «que se crearon durante el proceso productivo», como los puertos, acueductos, ferrocarriles, etc. Dentro de las condiciones «espirituales» se incluyen: idioma, carácter, costumbres, usos, comprensión del mundo. La «comprensión del mundo», como condición de producción común, no tiene aquí el significado de una ideología en particular —la cual necesariamente es expresión de una clase determinada—, sino el de ese conjunto de sutiles matices de pensamiento y formas de expresión que forman parte de la cultura y de la idiosincrasia nacionales: «entre los representantes del capital y del trabajo existe un fuerte vínculo técnico de lenguaje, y también una parte de similitud, en cierta medida, en la ideología; a pesar que existe un antagonismo profundo entre la ideología del patrón y la ideología del obrero» (Borjov).

La enumeración de las condiciones de producción abarca los cuatro signos distintivos de una nación, señalados por Stalin en su «El marxismo y la cuestión nacional»: territorio, idioma, vida económica y cultura. * Pero la definición de Borjov establece firmemente la *hegemonía de la producción*

* N. del A.: Ciertamente estos signos distintivos existen —en una forma no cristalizada aún— en los pueblos antes de desarrollarse y transformarse en naciones capitalistas.

social también en la cuestión nacional. El valor y el significado de los signos distintivos aparecen cuando se los vincula a su relación funcional con esta base fundamental (vida de producción común). Borojov se opone —como Stalin— a las «definiciones unilaterales, comúnmente aceptadas, de nación» (Bosquejos acerca de la cuestión nacional), esto es, a basarla en uno o dos de sus signos distintivos (idioma, territorio), pero con la diferencia de que Borojov distingue entre «signos distintivos y la base» (Bosquejos acerca de la cuestión nacional). La base del desarrollo de un pueblo está en su *vida de producción común* durante un período histórico prolongado y los «signos distintivos» no son sino las condiciones de esta vida de producción.

A diferencia de los austro-marxistas, Borojov ve en el territorio al factor fundamental para la conservación y desarrollo de pueblos y naciones, «debido a que el territorio sirve de continente de todas las condiciones de producción». * Pero esto no niega el valor del idioma y la cultura nacional —que crecieron justamente «sobre el terreno de las condiciones de producción comunes»— en relación a la producción social. El idioma fija, mucho más que la autoridad del Estado, los límites del mercado consumidor interno; «la unidad del idioma y su libre desarrollo es una de las condiciones más importantes de una circulación mercantil realmente libre y amplia, que responda al capitalismo moderno, de una agrupación libre amplia de la población en todas las clases». ** Más aún: en una situación de opresión nacional el idioma y la cultura adquieren un contenido y un valor nuevos, como «forma de protección de la herencia nacional», *** y al fortalecer la *unión nacional* ellos vigorizan la oposición a la explotación y la opresión externas. «Si la libertad idiomática está cercenada, el oprimido se vincula a él con mayor vigor aún». ****

* Nuestra Plataforma, pág. 61.

** Lenin, Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación, 1916.

*** y **** Borojov, La lucha de clases y la cuestión nacional.

Resumiendo: el territorio, el idioma, la vida económica y la cultura, constituyen las condiciones de producción nacionales, esto es, lo que *separa relativamente y une internamente* —desde el punto de vista socio-económico— a un grupo social determinado.

La separación externa y la unión interna no son sino dos facetas del mismo fenómeno, las dos definiciones de la misma cosa: la separación relativa respecto a los demás grupos sociales implica una definida ligazón interna, y recíprocamente. Existe una relación dialéctica entre ambos: una encierra la otra, y recíprocamente.

Y justamente la separación relativa respecto al exterior y la ligazón interna determinan la paulatina cristalización de los pueblos en naciones. Los habitantes de regiones alejadas una de la otra, pasan a componer *una nación* cuando aparece una «armonía integral concreta en las *condiciones de producción* —que no hay que confundirla de ninguna manera con la armonía en las *relaciones de producción*—, y su significado es: mercado nacional, «fuertes lazos internos» entre estas regiones (Borjov).

LAS CONDICIONES DE PRODUCCION HISTORICA

Las condiciones de producción históricas son el producto del desarrollo histórico de una determinada sociedad —desarrollo que se halla revestido de las vivencias sociales de esa sociedad— en una determinada etapa, en base a un nivel de desarrollo de sus fuerzas productivas. Habríamos visto que, con el desarrollo de la humanidad, las relaciones de producción en un grupo social y fuera de él, los vínculos entre este grupo social y los demás, su estructura socio-económica, su unidad idiomática y cultural, las formas específicas de su superestructura política y cultural, etc., pasaron a tener mayor im-

portancia que las *condiciones naturales y geográficas*. Así, por ejemplo, el desarrollo de la producción alcanzado por Inglaterra y su ubicación actual en la arena internacional, están determinados mucho más por las condiciones alcanzadas en su desarrollo histórico, que por sus condiciones naturales y geográficas, la riqueza de su suelo y sus productos, etc. Y ello a pesar que las condiciones nombradas tampoco carecen de importancia.

Las *condiciones de producción histórico-sociales* comprenden —según Borojov— tanto el estado de las relaciones de producción en un momento dado, en una sociedad determinada, como así también la *herencia histórica* de las épocas y regímenes anteriores. Para remarcar la importancia de esta herencia recuerda Borojov la difundida carta de Engels acerca de los principios del materialismo histórico y la influencia recíproca entre la superestructura cultural y política y la base económica. La superestructura de los regímenes sociales anteriores tuvo que ser dejada de lado al oponerse al desarrollo de las fuerzas productivas y a las nuevas y surgientes relaciones de producción. Pero muchos de sus elementos «se adaptan» a la nueva realidad, se entrelazan e interaccionan dialécticamente con los nuevos, persistiendo bajo otras formas en la nueva base como *herencia cultural*, constituyendo un factor importante que influye en la configuración de la sociedad, y determinando en gran medida las condiciones de producción del grupo social. De aquí surge la abundancia y la variedad vital de matices de los distintos grupos nacionales. Por ello las condiciones de producción históricas —a diferencia de las naturales— no son estáticas, sino dinámicas, «se entregan a un proceso de desarrollo y acumulación ininterrumpido».

Permite definir en una forma materialista-dialéctica los conceptos de pueblo y nación, en contraposición a las definiciones metafísicas y mecánicas de la teoría burguesa «clásica». Este concepto no arranca al problema nacional del desarrollo social, del desarrollo de las fuerzas productivas y de las transformaciones revolucionarias en las relaciones de producción, sino que, al contrario, lo liga íntimamente a ellos.

LAS CONDICIONES DE PRODUCCION EN LOS ESCRITOS DE MARX, ENGELS Y LENIN

Hemos examinado el valor del concepto «condiciones de producción» como «punto de partida para la construcción de una teoría materialista correcta de la cuestión nacional». Surge la pregunta: ¿Se menciona ya este concepto en los escritos de Marx, Engels y Lenin?

Marx utilizó el término «condiciones de producción» sin precisar exactamente su contenido; a veces abarca aparentemente al término «medios de producción», aunque siempre en un sentido tal que incluye al conjunto, a la *totalidad* de los medios de producción. En el tercer tomo de El Capital, dedicado al «proceso global de la producción capitalista», en el capítulo acerca del origen de la renta capitalista de la tierra —del cual Borojov trae una cita en el comienzo de su trabajo—, abarcan las «condiciones de producción» al conjunto de los medios de producción. Pero también se mencionan las «situaciones de hecho», causantes de las diferencias, debido a las cuales «la misma base económica... aparece en múltiples y variadas formas», como las condiciones de la naturaleza, vínculos de raza, influencias históricas. Todas ellas están incluidas —en Borojov— dentro del término «*condiciones de producción*».

En otro párrafo (El Capital, tomo I), Marx utiliza la expresión «condiciones de producción *materiales*», lo que hace pensar que existen también condiciones de producción no-materiales que, seguramente, serán nombradas más adelante: «Cuando decimos «las normas de trabajo necesarias desde el punto de vista social», queremos decir «las horas de trabajo necesarias para la creación de un valor de uso *en las condiciones de producción existentes*, normales desde el punto de vista social,... La fuerza productiva *depende de circunstancias diversas*, del nivel medio de especialización de los obreros, del grado de desarrollo de la ciencia y la posibilidad de su aplicación en la técnica, de la organización social del proceso pro-

ductivo, de las dimensiones y capacidad de trabajo de los medios de producción, y de las *condiciones de la naturaleza*».

Analizando diversos párrafos, se desprende que Marx utiliza el término «condiciones de producción» para designar al conjunto de las circunstancias, en las cuales se lleva a cabo la producción social: las condiciones de la naturaleza, las condiciones de producción histórico-sociales, materiales y espirituales; por otra parte, no identifica «condiciones de producción» ni con «medios de producción» ni con «fuerzas productivas», y ello a pesar de que no se detiene a definir claramente este concepto.

La utilización del concepto «condiciones de producción» para designar la diversidad y las causas de las diferencias nacionales constituye un desarrollo original, pero fiel, del marxismo. Borojov se apoya también —como ya lo mencionamos más arriba— en la carta de Engels en el Académico Socialista. En esta carta —que constituye algo así como una explicación sintética de los principios del materialismo histórico— se expresa: «las causas económicas —que son las que determinan la historia de la humanidad— son, a nuestro entender, el modo por el cual el hombre, en un grupo social determinado, crea los medios de subsistencia e intercambia los objetos producidos por él (en la medida en que existe la división del trabajo). En ellas están incluidas toda la técnica de la producción y el transporte. Según nuestra concepción, esta técnica determina también el modo de intercambio y el reparto de los productos, así como —luego de la desaparición del régimen de la comunidad primitiva— la división en clases y las consiguientes relaciones entre poseedores y desposeídos, y junto con ellos, determina también el Estado, la política, el derecho, etc. Por otra parte, dentro del concepto «*causas económicas*» debemos incluir el *medio geográfico* —sobre el cual se desarrollan los procesos—, y *restos de las etapas anteriores en el desarrollo histórico, que se conservan por la fuerza de la tradición de la rutina, como también —evidentemente— el medio exterior que rodea al grupo social dado*»...

Para mostrar la influencia de las causas económicas «*históricas*» trae Engels un ejemplo de Alemania, cuya historia

provocó el retraso de la burguesía alemana: «la debilidad e impotencia del burgués alemán —cuya fuente radica en la desgraciada situación económica de Alemania en el período 1648-1830, que se expresaron al principio en la hipocresía y luego en el sentimentalismo y la servilidad de esclavos frente a los príncipes y la nobleza— colocaron su sello en la economía alemana».

Por último, Lenin, que descubrió la «ley de desarrollo económico y político desigual», recalca la importancia de las diferencias nacionales también con respecto a la lucha revolucionaria y el camino hacia el socialismo, y exige: *«investigar, estudiar, descubrir, adivinar, captar lo que hay de particular y específico, desde el punto de vista nacional, en la manera en que cada país aborda concretamente la solución del problema internacional común, del problema del triunfo sobre el oportunismo y el doctrinarismo de izquierda en el seno del movimiento obrero»*... * Justamente los realizadores de esta tarea en el seno del pueblo judío y del movimiento obrero judío fueron Borojov y sus compañeros de lucha.

* FUERZAS PRODUCTIVAS, RELACIONES DE PRODUCCION, CONDICIONES DE PRODUCCION

Al introducir el término «condiciones de producción» surge la pregunta acerca de qué relación existe entre éste y los conceptos marxistas corrientes «fuerzas productivas» (y medios de producción) y «relaciones de producción». Las fuerzas productivas no son otra cosa que los instrumentos de producción y los hombres que los manejan; esto es, «la energía concreta de los hombres» (Marx), y las relaciones de producción, las relaciones que se establecen entre los hombres durante el proceso de la producción social. Se puede alegar que el territorio no es sino la tierra, la cual se halla incluida dentro de los

* * Lenin, La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo.

medios de producción, y que las «condiciones de producción externas», esto es, las relaciones entre grupos sociales distintos, no es sino parte de las *relaciones de producción* en un régimen social determinado, y por ende no existiría ninguna necesidad en introducir el término «condiciones de producción».

Para contestar a esta objeción es necesario examinar ante todo el contenido de los conceptos fundamentales del marxismo. Estos conceptos no expresan la esencia física de las cosas —aunque se refieren a ellas—, sino su *valor y función social*. Por ejemplo, recordemos la polémica de Marx contra la *fetichización* de la mercancía. Marx demostró que el valor de la mercancía no es una propiedad de la cosa en sí, sino que existe al ser esa cosa un valor de uso y un valor de cambio. Su valor de cambio está dado por el *trabajo social* depositado en ella, esto es, la producción social y las relaciones sociales que hay en ella. Una mercancía que no tiene un valor de cambio deja de ser mercancía, a pesar que el objeto no perdió, evidentemente, ninguna de sus cualidades físicas. Esto quiere decir que la misma cosa en sí, nosotros podemos y debemos denominarla con distintos términos, según sus relaciones funcionales. El *hombre* mismo es un componente necesario tanto de las fuerzas productivas como de las relaciones de producción, aparece tanto la tierra como medio de producción, vemos en ella una porción como productor que como consumidor, etc. Cuando estudiamos de tierra trabajada, o que será trabajada, sus productos, su preparación, etc.; es decir, todos los elementos que hacen que ella entre directamente al proceso productivo. Y cuando la estudiamos como *territorio* examinamos su aptitud para la vida humana, las condiciones climáticas, la configuración de su línea costera, y otros centenares de factores cuyo conjunto determina *las condiciones de la vida de producción en ese territorio*.

Borojov distingue entre la *propiedad* sobre los medios de producción y la *dominación* sobre las condiciones de producción. La dominación de una potencia imperialista en un país dependiente de ella, no tiene que expresarse necesariamente en la propiedad sobre los medios de producción que hay en él. La potencia extranjera puede dominar las *condiciones de*

producción del país dependiente, y obtener así beneficios frenando y deformando el desarrollo normal de las fuerzas productivas de ese país.

Es evidente que las relaciones internacionales dependen del régimen social existente. Pero la *mera descripción* de las relaciones de producción capitalistas no explica completamente la existencia de la opresión nacional. Estas relaciones explican la contradicción entre los capitalistas de las grandes potencias y los obreros y campesinos de las colonias, pero no aclaran el por qué de los antagonismos entre la burguesía de las potencias imperialistas y la burguesía de los países dependientes, la cual es su socio en la explotación de las clases oprimidas, pero que a menudo se une a ellas en una lucha común contra la burguesía extranjera. La sola existencia de relaciones de producción capitalistas no explica todavía, por qué los enfrentamientos que destrozan a este régimen ocurren no solamente en línea vertical —entre las clases superiores e inferiores—, sino también en línea horizontal, entre potencias, y por qué los capitalistas de las distintas potencias no pueden llegar a un entendimiento mutuo, por lo menos, como lo consiguen dentro de los límites de su propia nación. Para aclarar este fenómeno, Lenin no se contenta con las definiciones de la teoría marxista clásica. El agrega la «ley del desarrollo económico y político desigual», con la cual refuta la hipótesis de Kautzky sobre la posibilidad del *ultraimperialismo*, esto es, la posibilidad de «la explotación mundial por el capital financiero internacional fusionado» (K. Kautzky). «El desarrollo igual de las empresas, de los truts y ramas industriales, *de los países*, es imposible en el capitalismo». * La «ley de desarrollo desigual» no es sino otra expresión de la *diferenciación y separación de las «condiciones de producción nacionales»* en nuestro tiempo. Existe, entonces, aquí un nuevo factor que acentúa las contradicciones del régimen capitalista. De la contradicción fundamental del régimen y el antagonismo básico entre el capital y el trabajo, surgen nuevas contradicciones, contradicciones secundarias, de las cuales las más importantes son

* Lenin, El imperialismo, fase superior del capitalismo, parágrafo 9.

las que se desarrollan sobre el terreno de la *separación de las condiciones de producción nacionales*.

«Desde el momento en que reconocemos que la humanidad está dividida en sociedades que viven bajo condiciones de producción distintas —que las separan relativamente una de otra—, se nos hace entonces claro, que el deseo imperioso de expansión del capital —que emana de su misma esencia— crea tensiones entre los distintos grupos sociales. Más precisamente: la tendencia del capital hacia la internacionalización crea la cuestión nacional. Un término de la contradicción antedicha sirve de causa, el otro, de consecuencia. Esta es una de las tantas contradicciones que podemos encontrar en el sistema económico de nuestro tiempo. Aquí se encuentra la causa de la agudización de los conflictos nacionales justamente en la segunda etapa del capitalismo, el imperialismo.

Sería un grueso error identificar las «condiciones de producción» con las «relaciones de producción», y de aquí establecer *no solamente una relación*, sino también una *identificación* entre los movimientos de liberación nacional y el movimiento obrero revolucionario. En los movimientos de liberación nacional interviene también la burguesía, aunque ella no puede llevar al proceso de liberación hasta sus últimas consecuencias. La burguesía de los pueblos oprimidos no lucha, evidentemente, por la eliminación de la explotación capitalista, por el mismo cambio de las *relaciones de producción*. Pero ella está interesada en cambiar el estado de las *condiciones de producción*, cambio que la beneficiaría. La lucha de liberación nacional se lleva a cabo —en su primera etapa— no contra la explotación capitalista, contra el régimen capitalista, sino contra las condiciones de producción nacionales impuestas sobre la nación dependiente *desde afuera*, las cuales oprimen —a excepción de una ínfima capa— a todas las clases de la nación. La consecución de la primera etapa de la liberación nacional mejora la base estratégica de la clase obrera, elevando su lucha de clases a *una nueva etapa*, cuyo objetivo directo es el cambio de las relaciones de producción mediante la revolución social y a través de la dictadura del proletariado.

«El programa maximal contempla la dictadura del prole-

tariado, el cambio de las relaciones de producción y erigir la sociedad sobre la base de relaciones de producción comunistas... El programa maximal de los movimientos socialdemócratas de todos los pueblos es internacional. Pero en el programa minimal cumplen también un papel muy importante —aparte de los párrafos comunes al proletariado de todas las naciones— las exigencias nacionales específicas. El proletariado de las naciones oprimidas siente de diversas maneras la opresión nacional».*

Mediante la normalización de las condiciones de producción nacionales —«en lugar de la solidaridad anterior de los intereses nacionales dentro de un dado movimiento de liberación solidaridad anormal y forzada—, se pondrá en evidencia con toda claridad la estructura clasista sana y la lucha de clases».**

EL NACIONALISMO DE LAS DISTINTAS CLASES

La comunión de las condiciones de producción —que son iguales para todo un grupo social— no implica que los *intereses* de las distintas clases que existen en él —incluidos los intereses relacionados con dichas condiciones de producción— sean iguales o semejantes. Como veremos más adelante, los intereses nacionales de las clases antagónicas se diferencian completamente unos de otros, a pesar que «marchan juntos» durante un período determinado en el movimiento de liberación nacional. «No existen intereses nacionales abstractos y comunes a todas las clases sociales. Cada clase tiene sus propios intereses nacionales, que son diferentes a los de las demás clases. El problema nacional y los movimientos nacionales *no se elevan por encima de las clases sociales*, sino que son propios de una o de algunas de ellas».***

* Borojov, Qué quieren los poaleisionistas.

** Borojov, La lucha de clases y la cuestión nacional.

*** Nuestra Plataforma, pág. 67.

Así llega Borojov a la conclusión general que toda clase de una nación es «nacional» en la medida en que sus intereses clasistas se ven afectados por las condiciones de producción existentes. Al reflejar el «nacionalismo» de cada clase sus intereses clasistas afectados, el *contenido* del mismo (del «nacionalismo») será distinto para cada clase.

Esta conclusión se asemeja notablemente con la aseveración de Marx y Engels, en el Manifiesto, que «el proletariado es necesariamente nacional, pero de ninguna manera en el sentido en que lo es la burguesía».

Es de una importancia fundamental entender que los movimientos de liberación nacional no son movimientos unitarios en sus fines y caminos, sino la yuxtaposición de movimientos distintos —y hasta aun antagónicos— en sus tendencias históricas. Ciertamente, en horas de conmoción se confunden, hasta que a veces resulta difícil distinguir entre ellos, pero al amainar la tormenta y el torbellino político, vuelven cada uno a su lugar dentro del conjunto de las fuerzas sociales que se disputan el poder. Esta conclusión que se desprende de los escritos históricos de Marx —en relación a las revoluciones burguesas del siglo XIX—, Borojov la amplía, correctamente, a los movimientos de liberación nacional de nuestro tiempo, a los cuales compara —desde el punto de vista de su esencia social y de las relaciones interclasistas— con las revoluciones democrático-burguesas. De ahí también su concepción de la misión vanguardista de la clase obrera dentro del proceso de liberación nacional: «la economía capitalista ha alcanzado un grado de desarrollo tal, que hace inconcebible hoy en día la posibilidad de cambios revolucionarios sin la participación del proletariado revolucionario». * A la misma conclusión llega Borojov refiriéndose al sionismo, el cual es «una revolución democrática en la vida judía». ** También aquí, según Borojov, «la burguesía está en la retaguardia, mientras que el proletariado está a la vanguardia». ***

* Nuestra Plataforma, pág. 87.

** Nuestra Plataforma, pág. 205.

*** Borojov, La misión de la clase obrera en la realización del territorialismo.

Este pensamiento de Borojov fue, en su tiempo, una novedad osada, no solamente dentro del movimiento de liberación judío, sino para todos los movimientos de liberación nacional en general. La concepción más difundida en el mundo socialista, por ese entonces, veía en el movimiento nacional como un asunto exclusivo de la burguesía. Así lo establece también Stalin en su trabajo «El marxismo y la cuestión nacional» (1913)*. El proletariado está interesado —según esta concepción— en la eliminación del yugo nacional, pero no participa en los movimientos de liberación nacional, a pesar que, en general, se relaciona positivamente hacia ellos. Todavía no había madurado en aquel momento, la conciencia de la necesidad que tiene el movimiento obrero de los pueblos dependientes y oprimidos, no sólo de *ser participante activo* en la lucha por la independencia nacional, sino de colocarse también *a su cabeza*, inmediatamente después que la burguesía —impedida de llevar hasta sus últimas consecuencias al movimiento de liberación— abandona sus postulaciones democráticas intentando traicionar a las masas populares.

El reconocimiento de esta necesidad tuvo su expresión más inflamada en G. Dimitrov, en la década del 30, y en la declaración programática de Stalin en el XXI Congreso del P. C. de la Unión Soviética (1952), aunque ya en los artículos de Lenin y Stalin, a partir de la primera guerra mundial, se puede reconocer esta nueva orientación frente al problema nacional.

En su trabajo «El marxismo y la cuestión nacional» (1913), Stalin ve todavía al nacionalismo únicamente como a una *lu-*

* N. del A.: Es notable que en un artículo anterior (1904), escrito en georgiano, distingue Stalin —como Borojov— el problema nacional de las distintas clases: la aristocracia, la burguesía, el proletariado. Es interesante que a pesar de que no pudo haber existido ninguna influencia recíproca, aparece una semejanza asombrosa hasta en el estilo: «En la arena del conflicto apareció una nueva clase —el proletariado—, y junto con él apareció un problema nacional nuevo: *el problema nacional del proletariado*. En la medida en que el proletariado se distingue de la aristocracia y la burguesía, en la misma medida se diferencia su problema nacional del problema nacional de la aristocracia y la burguesía si es que se puede hablar de nacionalismo en estas clases...». Y sin embargo, en su trabajo posterior, que fue difundido con la anuencia del partido ruso, no existe mención alguna —y no es casualidad— del nacionalismo proletario.

cha por el mercado consumidor, y realmente ése era el nacionalismo de la pequeña burguesía, el principal portador de los movimientos de liberación nacional en aquel momento.

Borojov, en cambio, investiga la relación de las distintas clases hacia el territorio nacional, y de allí extrae el contenido diferente del nacionalismo de las clases que componen una nación:

«Para los *grandes terratenientes* el territorio les sirve como *sostén de su poder político* y como *fuerza de la renta de la tierra...* Para la *pequeño-burguesía* el territorio se sirve de *mercado consumidor interno...* Para el *gran capital* el territorio y sus límites no tiene otro valor que el de constituir una base de apoyo para la *conquista del mercado mundial*; es por ello que la alta burguesía no es nacional sino imperialista, busca el dominio mundial. Para las *masas proletarizantes* el territorio les sirve como lugar de trabajo y la cuestión nacional para ellos es el problema migratorio, el problema del *lugar de trabajo*. Por último, para el proletariado combatiente, que ocupa un lugar en la producción, el «lugar de trabajo» toma un valor distinto, un valor de base estratégica en su lucha organizada contra el capital. Para el *proletariado como clase* el territorio le sirve de *base estratégica*» (de las resoluciones del Congreso del distrito de Poltava).

Evidentemente los objetivos nacionales de las distintas clases expresan fielmente sus intereses clasistas particulares, pero en los pueblos dependientes y oprimidos, la lucha por la liberación del lugar de trabajo para las masas pauperizadas, y con la normalización de la base estratégica del proletariado revolucionario. Para la consecución de sus objetivos clasistas particulares —y aun antagónicos— se alían las distintas clases durante un trayecto común en sus caminos particulares, hasta la «estación de la liberación nacional», pasando luego nuevamente a primer plano las contradicciones clasistas entre ellas. En este caso existe una contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas de *todo* el grupo social y el estado de las condiciones de producción por la penetración que sufren desde el exterior (las condiciones sociales externas). Borojov señala que esta contradicción puede ser causada en los

pueblos oprimidos tanto por conquistadores externos como por la dominación feudal interior que frena el desarrollo de su país. «Toda contradicción entre las fuerzas productivas que necesitan desarrollarse y las condiciones de producción que se lo impiden origina problemas nacionales, que son solucionados únicamente mediante *la liberación de la nación oprimida*».

También dentro de los pueblos oprimidos la pequeña-burguesía está impregnada de un espíritu nacionalista *: «Las capas medias, es decir, la burguesía media, la pequeña-burguesía y las masas proletarizantes, carecen por lo general de conciencia de clase propia, la que se halla diluida en la «conciencia nacional». Todas estas clases son *nacionalistas*» **. Pero el proceso de liberación es esencialmente *nacional* y no *nacionalista* ***. Y por ende, dentro de las bases progresistas de los pueblos oprimidos se desarrolla el *nacionalismo realista*, el cual no borra la conciencia de clase. Al contrario, este nacionalismo emancipador —que es propiedad de «la clase más progresista del proletariado revolucionario organizado»— emana «de las mismas necesidades de la lucha de clases» ****.

NACIONALISMO BURGUES Y NACIONALISMO PROLETARIO. CULTURA NACIONAL

Borjov señala dos detalles significativos para poder diferenciar, en cada caso concreto, entre el nacionalismo proletario y el nacionalismo burgués. El primer detalle está en que

* N. del T.: En hebreo existen dos términos, «leumiut» y «leumanut» para designar respectivamente al nacionalismo *realista* —aquél que tiene en cuenta la estructura clasista de la sociedad—, y al nacionalismo que procura desatenderse de la diferencia de clases dentro de la misma. En castellano la traducción de ambos términos es única: nacionalismo. Es en el último sentido señalado en que aparece aquí el término «nacionalista», que coincide en este sentido con la expresión peyorativa «nacionalista». En el próximo párrafo quedará completamente aclarada la diferencia entre ambos «nacionalismos».

** Nuestra Plataforma, pág. 97.

*** y **** Borjov, La lucha de clases y la cuestión nacional.

el nacionalismo burgués utiliza consignas nacionales para oscurecer la conciencia clasista del proletariado y frenar así su lucha de clases. La burguesía se dirige a la «responsabilidad del trabajador hacia su patria», para asegurar su poder y aumentar sus beneficios. Este método para alejar la conciencia del trabajador de sus intereses clasistas vitales está tan difundido y aceptado, que hasta algunos «marxistas» se persuadieron que todo el problema nacional no es más que un «invento burgués». El nacionalismo burgués ve a la «nación» como a una unidad, con intereses armónicos, y se desatiende deliberadamente de su estructura clasista y de los profundos antagonismos que existen en su seno. Por el contrario, el nacionalismo proletario está íntimamente ligado a la lucha de clases y aspira a lograr a través de la liberación nacional —y una consiguiente normalización de las condiciones de producción nacionales— una *base estratégica* normal para su clase.

El segundo signo distintivo aparece ya no en las relaciones interclasistas dentro de una nación, sino en la relación *agresiva* hacia otras naciones, mostrándose especialmente en la nación opresora, aunque las clases burguesas de las naciones oprimidas no están exentas de él.

Cuando en los escritos de Borojov se habla de la tendencia de un grupo social determinado a «ampliar sus condiciones de producción apoderándose de condiciones de producción ajenas», su intención es referirse —en toda sociedad dividida en clases— no al grupo social considerado en su conjunto, sino a su *clase dominante*. «El poder no descansa, de ninguna manera, en el conjunto de población, sino que está íntimamente ligado a una clase» *. En los países capitalistas se destruye fácil y rápidamente el equilibrio entre las clases dominantes, debido a que necesariamente existe en ellas la tendencia a copar el mercado mundial (gran burguesía) o a ampliar el mercado consumidor interno (burguesía media y pequeña-burguesía). De aquí, de la esencia misma del capital y del sistema capitalista —la *forma agresiva* del nacionalismo burgués. Frente a esto acentúa Borojov— «al nacionalismo

* Borojov, La lucha de clases y la cuestión nacional.

proletario le es ajeno el carácter agresivo» *. Hasta la aspiración del proletariado de «ampliar el mercado de trabajo y el lugar de trabajo, no se expresa jamás en un política de conquista» **.

La política imperialista de las clases dominantes, la conquista de tierras ajenas —mercados y países para la exportación del gran capital—, no «ayuda» a mejorar la base estratégica del proletariado como clase, sino que aumenta su dependencia de «su» burguesía, frena y debilita su lucha de clases. Las migajas que recoge el proletariado de la metrópoli de la mesa de la burguesía imperialista, de sus enormes beneficios en la explotación de las colonias y países dependientes, solamente profundiza su dependencia del gran capital, y se opone a los intereses históricos de la clase obrera, cuyo objetivo es la supresión del sistema vigente.

Al nacionalismo proletario le es, por ende, ajeno el *odio nacional*, que socava el internacionalismo consecuente: «mientras que en la pequeña-burguesía y en las masas proletarizantes, los conflictos nacionales hallan su expresión concreta en la *lucha nacional* (es decir, la lucha entre las clases burguesas por el mercado), en el proletariado asumen, en cambio, la forma de una *cuestión nacional*, la cual se encuentra *exenta de todo odio*». La característica del nacionalismo proletario es su carácter *emancipador*, y no puede expresarse en la opresión de otros pueblos. «Desaparece con la normalización de la base estratégica y se nutre de raíces negativas: de las anomalías sociales y económicas» ****.

Al nutrirse el nacionalismo proletario de «raíces negativas» —esto es, de la opresión nacional— no limita con ello su contenido positivo de desarrollo de la cultura propia de los pueblos: «esto no significa que carezca de un *contenido nacional positivo*. Todo lo contrario: al nutrirse objetivamente de raíces negativas, el nacionalismo proletario adquiere un contenido positivo. Y ninguna clase ofrece ni puede ofrecer un pro-

* Nuestra Plataforma, pág. 97.

** Borojov, La lucha de clases y la cuestión nacional.

*** Nuestra Plataforma, pág. 96.

**** Nuestra Plataforma, pág. 97.

grama nacional tan *real* como éste que presenta el proletariado» *. Justamente sólo el proletariado revolucionario puede otorgar una independencia nacional completa, permitir el crecimiento sin trabas de la creación nacional, descubrir todo su «contenido positivo», los elementos progresistas contenidos en su cultura, en la herencia histórica del pueblo todo.

De varios fragmentos de sus artículos, parecería desprenderse cierto desprecio por los problemas de la *cultura nacional*: «los problemas de la cultura *espiritual* nos preocupan menos que los de la vida socio-económica: el nuestro es un nacionalismo realista, *libre de toda ingerencia culturalista* **». Borojov ve en el «culturalismo» «una forma más cómoda» del nacionalismo burgués (resoluciones del Congreso de Poltava).

Pero no debemos desconectar esta afirmación de Borojov del marco histórico concreto en que fue formulada. Esta oposición al «culturalismo nacional» fue hecha como reacción contra el carácter culturalista atribuido al problema judío tanto por el Bund como por los partidos burgueses que pregonaban el nacionalismo galútico, colocando la existencia del pueblo sobre la autonomía cultural-nacional, el cultivo del idioma idish y el apoyo a la escuela judía, etc. Por otra parte, refutaba así también al «sionismo espiritual» sostenido por Ajad Ilaám, que veía como función primordial del movimiento nacional el cultivo de la cultura hebrea y la unión cultural del pueblo judío en la dispersión, basándose en una concepción conservadora-reaccionaria de la «cultura nacional».

Este acercamiento culturalista que se desatiende de la realidad trágica y específica del pueblo judío sirvió de objetivo a los dardos de la crítica aguda y penetrante de Borojov. Y así escribe acerca del idishismo del Bund: «el apego del obrero judío al idioma y a la literatura idish no es reaccionario: sus raíces se adentran en las condiciones reales de la existencia y no son supervivencias del pasado. Pero la *inclinación a conce-*

* Nuestra Plataforma, pág. 97.

** Nuestra Plataforma, pág. 98 (N. del T.: Daniel ben Najum se desentiende del principio del párrafo: «Y, *aún hoy en día*, los problemas de la cultura espiritual nos...», lo que coloca los puntos sobre las íes).

bir culturalmente el problema judío, la inclinación de los bundistas es, indudablemente, reaccionaria, y denota todos los síntomas de una procedencia pequeña-burguesa» *.

Como es sabido, Borojov se convirtió en el correr del tiempo en uno de los grandes investigadores y filólogos del idioma idish y uno de sus más lúcidos críticos literarios. Reveló también una cálida relación hacia el renacimiento del idioma hebreo: «este idioma antiguo —que parecía agotado ya hace tiempo— se cubre ahora de hierba fresca y da tiernos frutos de literatura, ciencia, publicística, educación» **.

El posterior desarrollo de la humanidad nos permite corregir la tesis de Borojov: «si fuéramos el proletariado de una nación libre —que no oprime ni es oprimida— no nos interesarían, en absoluto, los problemas de la vida nacional» ***. El proletariado de las naciones socialistas —que no oprimen ni son oprimidas— que continúa velando por su cultura —nacional en su forma— y por sus medios de expresión; que persevera en el saneamiento de su distorsionada economía y de su vida nacional —frutos de la opresión de generaciones—, tiene algo que ver, evidentemente, con «los problemas de la vida nacional». Luego del triunfo de la revolución socialista en un tercio de la humanidad, cuando crece la influencia de las bases proletarias progresistas en los mismos países capitalistas, es justo colocar el acento en el desarrollo de los elementos progresistas que se encuentran en toda cultura nacional. La clase obrera se considera a sí misma como la heredera legítima de las tradiciones y valores progresistas de su pueblo. El marxismo entronca con todos los elementos progresistas del pensamiento filosófico, económico e histórico del pasado. La misma Revolución de Octubre se considera a sí misma como heredera de los pensadores democráticos revolucionarios de las décadas del 60 y del 70, de la rebelión campesina e intelectual en la época zarista, de la literatura y la ciencia rusas prerrevolucionarias; y así también lo considera Thorez —el dirigente

* Nuestra Plataforma, pág. 10.

** Borojov, Síntesis de valores nacionales.

*** Nuestra Plataforma, pág. 98.

del P. C. francés— al afirmar que «el P. C. continúa el camino de la Francia progresista, es el heredero de sus mejores *tradiciones*, y el representante más lúcido de su *cultura*».

Análogamente, escribe Borojov en su artículo «Hertzl» (1907): «nosotros —los proletarios judíos— recibimos todo lo bueno y elevado que existe en la herencia del pueblo judío, para conservarlo y enriquecerlo».

LUGAR DE TRABAJO Y BASE DE LUCHA

Borojov acentúa varias veces que «el proletariado, como clase, está alejado de la competencia nacional» *. Con esto él no se desatiende de la competencia —bastante frecuente— entre los obreros, la cual suele tomar un tinte nacional. «Entre obreros carentes de una ciencia de clase verdadera se llega hasta la pelea lisa y llana entre los obreros del lugar y los llegados de los demás ciudades (¿ni qué hablar de otros países!); tampoco los obreros conscientes están exentos de estas reacciones, aunque ellas adoptan un carácter más humano... Una corriente migratoria que hace bajar los salarios hiere también los intereses del obrero más consciente, llevándolo a reaccionar negativamente» **.

Para explicar esta contradicción Borojov utiliza la distinción que hace Marx —en su Miseria de la Filosofía— entre proletariado como clase «en sí» y «para sí».

«En un primer momento los procesos económicos arrojaron a la masa de la población a la situación de asalariados. El dominio del capital creó para esa masa una situación común, intereses comunes. Esta masa es ya una clase para el capital, pero todavía no es una *clase para sí*. A través de la lucha —cuyas distintas etapas ya señalamos—, se unen sus componentes pasando a erigirse en *clases para sí*. Los intereses que defiende

* Nuestra Plataforma, pág. 96.

** Borojov, La lucha de clases y la cuestión nacional.

pasan a ser intereses *clasistas*» *. Y más adelante: «La gran industria concentra en un solo lugar una gran cantidad de seres humanos que no se conocen entre sí. La *competencia* los divide según sus intereses particulares, personales; pero al mismo tiempo, la lucha por los niveles salariales —el interés común frente al comprador de trabajo— los une en un pensamiento común de oposición, y los convierte en un *grupo*. Y esta unión se propone un objetivo doble: eliminar la competencia inter-obrera, para poder oponerse en forma conjunta a los capitalistas».

En su trabajo «La lucha de clases y la cuestión nacional» Borojov presenta al problema nacional del proletariado, como el problema del lugar de trabajo y de la base estratégica.

En todos sus artículos posteriores establece una línea divisoria definida entre los «intereses del lugar de trabajo» y los «intereses de la base estratégica». Los «intereses del lugar de trabajo» predominan en la primera etapa de desarrollo del proletariado, cuando aún no se ha convertido en una «clase para sí, es decir, cuando aún no se ha separado definitivamente de las masas proletarizantes que buscan trabajo y «a cuyas filas está en peligro de volver a caer». Los intereses del obrero pasan a coincidir con los «intereses de la base estratégica» cuando éste llegó a adquirir conciencia de clase («clase para sí»), reemplaza a la antigua competencia y lucha inter-obrera por la solidaridad clasista.

«Sin embargo, esta solidaridad no constituye una garantía contra el retorno de la competencia» ** —especialmente dentro del proletariado judío de la diáspora, empleando casi exclusivamente en los estadios inferiores y más atrasados del proceso productivo—, por la inseguridad de su lugar de trabajo y del peligro que siempre la amenaza de ser apartado de la producción. «Los intereses del proletariado *como clase social* coinciden, en cambio, con los intereses de la base estratégica, o sea, con los intereses del conjunto de las condiciones, en las que libra su lucha» ***.

* Marx, Miseria de la Filosofía.

** Nuestra Plataforma, pág. 94.

*** Nuestra Plataforma, pág. 95.

Borojov luchó constantemente por la cristalización de una conciencia de clase consecuente, oponiéndose a aquellos partidos dentro del proletariado judío «cuyo programa expresa únicamente los intereses del lugar de trabajo», esto es, los intereses de las masas proletarizantes «que aún no se constituyeron en una clase proletaria verdadera». «El obrero que, por su inseguridad económica, se halla encadenado a su lugar de trabajo («clase para sí»), no está en condiciones de desarrollar una acción política independiente ni de desempeñar una *función histórica importante*» *. Con ello no queremos decir que, al erigirse en «clase para sí» el proletariado se encierra en sus intereses de clase «egoístas» sino que, al contrario, incluye todos los elementos progresistas que elevan también las clases cercanas a él, la pequeña-burguesía y las masas proletarizantes —incluidos sus intereses nacionales *realistas*—, «en una síntesis proletaria superior». Su revolucionarismo consecuente eleva al proletariado *a la cabeza* de la nación y al frente de la lucha de liberación nacional.

Borojov intenta ver «una de las causas fundamentales» de la debilidad del movimiento obrero en Inglaterra y EE. UU. —su falta de conciencia de clases revolucionarias— en contraposición al movimiento obrero europeo (y de esta debilidad también sufrieron entonces los movimientos obreros de otros países inmigratorios), en el ingreso continuo de obreros extranjeros, con la consiguiente agudización de la lucha por el lugar de trabajo. Sin embargo no fue éste el factor fundamental: la disminución de la inmigración y hasta su cesación no puso fin a la debilidad del movimiento obrero en esos países. Las causas profundas de este fenómeno radican en «las condiciones de producción nacionales» de Inglaterra y EE. UU., en los beneficios cuantiosos que extrae la burguesía de la explotación de los países dependientes y coloniales, que posibilitaron la elevación artificial del nivel de vida de los obreros y especialmente de sus ramas especializadas, atándolos de una u otra forma a los intereses imperialistas de estas potencias.

A pesar de la contradicción existente entre los intereses del

* Nuestra Plataforma, pág. 95.

«lugar de trabajo» y los intereses de «la base estratégica», existe entre ellos —según Borojov— una relación dialéctica-histórica: «la lucha sólo puede realizarse donde el obrero trabaja, es decir, cuando ya ha ocupado un determinado puesto en la producción; y cuanto más débil es su situación en este puesto, tanto menos terreno posee para su lucha organizada» *. Por eso, al surgir la clase obrera en Eretz Israel, durante la segunda aliá, ésta colocó como objetivo fundamental «el acceso y arraigamiento del obrero hebreo a todas las ramas de trabajo», esto es, asegurar su *lugar de trabajo* contra la competencia del obrero local, más barato y no-organizado. «En la medida en que los obreros de una nación no se aseguraron aún su lugar de trabajo, les es mucho más candente el *problema* del trabajo que el problema de la lucha» **. Parejo con el arraigamiento paulatino del proletariado judío en Eretz Israel «entre en la lucha con el capital por el mejoramiento de sus condiciones de trabajo. Desde ese momento el *lugar de trabajo* se transformó en *base estratégica*». Crece la solidaridad con los trabajadores árabes, que se sobreponen a sus debilidades pasando a integrarse a la lucha común. Este proceso —con todas las diferencias debido a las condiciones concretas de cada caso particular— se produce al formarse la clase obrera de todos los países: «En esta forma, en medio de altibajos pronunciados, va cristalizándose, gradualmente, el espíritu proletario, purificado por los sufrimientos, y templado en el yunque de la lucha por el pan y el trabajo; lentamente y con dificultad, se va forjando la conciencia de clase proletaria» ***.

LA BASE ESTRATEGICA Y LA TEORIA DE LAS ETAPAS

Resumiendo: el concepto de «base estratégica» fundamenta teóricamente —desde el punto de vista de los intereses históricos de la clase obrera—, la lucha de liberación nacional por

* Borojov, La lucha de clases y la cuestión nacional.

** Borojov, La lucha de clases y la cuestión nacional.

*** Nuestra Plataforma, pág. 95.

la normalización de las condiciones de producción, como una etapa en el camino hacia el socialismo, hacia la revolución social.

La liberación nacional imprime su sello —según Borojov— no sólo sobre la superestructura cultural, psicológica, sino que, ante, todo, sobre la *base económico-social* para la lucha de clases revolucionaria del proletariado.

«La opresión externa perjudica el desarrollo mismo de las *relaciones de producción* y el desenvolvimiento de la lucha de clases, dado que al frenarse el proceso correcto del *modo de producción*, los antagonistas clasistas se debilitan en forma anormal».

Este es el aporte de Borojov a la teoría marxista. Stalin —en su investigación «El marxismo y la cuestión nacional» (1913)— define al movimiento nacional como «esencialmente burgués». Analiza con lucidez la *base económica* de la lucha nacional de la burguesía y establece la relación del proletariado hacia *este* problema nacional, pero no ve la *base* del problema nacional del proletariado, encontrándolo únicamente en la superestructura cultural e ideológica: «La restricción de la libertad de movimiento, la privación de derechos electorales, la persecución contra el idioma, la reducción de escuelas y otras medidas represivas afectan a los obreros en grado no menos, si es que no mayor, que a la burguesía. Esta situación no puede por menos de frenar el libre desarrollo de las fuerzas espirituales del proletariado de las naciones sometidas. No se puede hablar seriamente del pleno desarrollo de las facultades espirituales del obrero tártaro o judío, cuando no se le permite servirse de su lengua materna en las asambleas o en las conferencias y cuando se le cierran las escuelas. Pero la política de represión nacional es también peligrosa en otro aspecto para la causa del proletariado. Esta política desvía la atención de extensas capas de la población de los problemas sociales y de los problemas de la lucha de clases» *.

Pero, sin embargo, es posible evitar este perjuicio a través de la igualdad de derechos ciudadanos, un trabajo cultural am-

* Stalin, El marxismo y la cuestión nacional, pág. 25.

plio, la creación de una red de escuelas, teatros, establecimientos de investigación —y todo ello en el idioma materno—, esto es, no necesariamente mediante la autonomía territorial. La discusión de Stalin con los autonomistas no llegó, en consecuencia, a la raíz del problema. Y justamente, a pesar de todas las divergencias ideológicas fundamentales entre el Bund y los bolcheviques antes de la Revolución (como es sabido el Bund apoyó a los mencheviques), éste se unió, en 1921, al P. C. soviético, y sus miembros —que pasaron a integrar las instancias centrales de la sección judía del partido (Ievsektzia)— realizaron plenamente *su* programa en la calle judía. Pero sus conquistas fueron fugaces. Los «ievsequim» no alcanzaron a lograr un desarrollo continuado de la cultura judía en la URSS. En un corto lapso se diluyeron todas las conquistas logradas en el terreno de la educación, literatura, etc. No consiguieron crear una estructura económico-profesional normal de los judíos de la URSS, a pesar que abundaron en declaraciones al respecto. Y no era fruto de la negligencia o falta de capacidad. Para las deficiencias fundamentales de la anomalía judía, para las consecuencias de la opresión nacional, no basta plantear una autonomía cultural-nacional o todo tipo de derechos culturales, sino exigir un cambio en la misma *base económica, el desarrollo de las fuerzas productivas de la nación oprimida por generaciones en un territorio independiente propio*.

La declaración por la cual se constituía una región *autónoma* en la URSS (distrito de Birobidyán) con la finalidad de transformarla luego en República Judía Autónoma, no trajo cambios visibles, pero sí fue, en cambio, otro triunfo de la tesis de Borojov.

El problema nacional aparece en la teoría de Borojov como una «parte de la revolución democrático-burguesa». Su importancia internacional radica en *exigir la participación activa de la clase obrera en el movimiento de liberación nacional por el camino de la lucha de clases*. ¿Tiene vigencia esta teoría actualmente, en la etapa de revolución proletaria? Claro que sí. La lucha de clases en nuestro tiempo se hace más y más global, internacional, pero a pesar de ello y debido a la ley del desa-

rollo desigual («condiciones de producción diferentes») toma también un matiz nacional, «un tinte internacional» en la medida en que el capitalismo abarca y reúne a todos los grupos sociales del mundo en nuestro tiempo (¡y así también la lucha entre el socialismo y el capitalismo!). (N. del A.): «Sin tomar en cuenta las condiciones de producción particulares de cada grupo social, un tinte nacional, en la medida en que cada grupo social posee un conjunto distinto de condiciones de producción» (Borojov). También luego del triunfo de la revolución socialista en un tercio de la humanidad, la liberación nacional de muchos pueblos oprimidos pasa por la etapa «democrático-burguesa», la táctica del proletariado revolucionario. El desarrollo de la teoría de Borojov sobre la cuestión nacional —por Meir Iaari y otros— tiene, por ende, una importancia enorme desde el punto de vista teórico y práctico.

Las peores desviaciones que sufre la clase obrera de los pueblos oprimidos en proceso de liberación nacional, son aquellas que surgen de la no distinción de las diferencias entre la etapa «democrático-burguesa» y la etapa de la «revolución proletaria». Las desviaciones izquierdistas se expresan por su ansia de *saltear la primera etapa* de la liberación nacional, desentendiéndose del problema de la «base estratégica» para la lucha de clases revolucionaria; y las desviaciones de derecha se manifiestan en la no distinción de los antagonismos clasistas en la misma etapa de liberación nacional, arrastrándose tras el nacionalismo burgués y feudal. En la práctica ambas tendencias se confunden, y muchas veces marchan juntas.

La teoría de Borojov ofrece una *clara respuesta teórica* a este problema complejo, evitando así la confusión y desenmascarando el oportunismo de los desviacionismos de izquierda y derecha.

Esta es la contribución de Borojov al movimiento obrero internacional.

I N D I C E

Introducción, Meir Iaari	9
Los intereses de clase y la cuestión nacional, Dov Ber Borojov	13
La cuestión nacional en los escritos de Borojov, Daniel Ben Najum	53

